
LA NUEVA RAZA
V. A. CARTER
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
IBAÑEZ

LA NUEVA RAZA

V. A. Carter

EDDITORIAL VALENCIANA
Depósito legal. V. 1.133.—1961.
PRINTED IN SPAIN
EDITORIAL VALENCIANA.—VALENCIA
Núm. de registro: 6.506.—1960.


V. A. CARTER
LA NUEVA RAZA
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO



PROLOGO

—¿LLAMABAS, Gran Señor?

—En efecto, Kahut. ¿Gomo van esas investigaciones?

—Mal, ¿a qué negarlo? Hasta ahora se nos ha presentado totalmente imposible liberar la energía contenida en el átomo no radiactivo. Hemos probado todos los procedimientos imaginarios, gastado ingentes cantidades de los tan escasos elementos radiactivos naturales, sin resultado alguno.

—Lo cual significa…

—El hundimiento de nuestra civilización a corto plazo, señor. Posiblemente haya alguna forma de arrancar su secreto a los átomos estables, pero hasta ahora no nos ha sido posible…

—Tú sabes que existe el medio de hacerlo—le interrumpió el llamado “Gran Señor”—. Se ha logrado aquí… hace tiempo.

Kahut sonrió con amargura, respondiendo ligeramente sorprendido. -

—Así es. Pero… ¿no está prohibido hablar o, en cualquier forma, suscitar el recuerdo de aquellos nefastos tiempos?

—¿Nefastos, dices? ¿Por qué? Sabes muy bien, tú que por tu profesión has debido estudiar los anales secretos, que no hay tal. Que simplemente es una manera de ocultar los errores cometidos entonces por nuestros antepasados en el Gobierno.

—Jamás se me hubiera ocurrido…

—¿Expresarte como lo hago yo? Harías bien, pues tu cabeza correría peligro. Pero yo te autorizo a hablar con franqueza… en esta entrevista.

El porvenir de nuestra civilización lo requiere.

—Así lo haré. Gran Señor.

—Muy bien, pues. ¿Cuánto tiempo se calcula que puede mantenerse nuestra industria sin necesidad de disminuir nuestro ritmo, de trabajo?

—Tal vez… cincuenta años.

—Es suficiente, si lo que yo pienso da resultado. ¿Recuerdas la expedición de Kukulkán?

—"El Tenebroso", "El Aliado del Demonio", y varios apelativos más, por el estilo. ¿Quién no ha oído hablar de ese ser infernal, aunque solamente sea en susurros? De los libros de historia ha desaparecido su nombre, pero…

—Acabo de decirte, Kahut, que en este lugar y momento no es oportuno tratar de la historia, tal como está escrito, sino cual ocurrió en realidad. Kukulkán, indignado por el absurdo sistema de separación de castas y por el poco apoyo que recibía, debiendo mendigar o poco menos los fondos para investigación, construyó dos colosales astronaves en un asteroide, dotándolas de los primeros… y únicos motores de propulsión atómica que se han fabricado en nuestro mundo. Como jefe de la casta de los investigadores, gozaba de gran ascendiente sobre sus colegas, y se los llevó prácticamente a todos con él. No tuvo que esforzarse demasiado para convencerles…

—…con la trágica consecuencia—Kahut.se expresaba con calor, olvidadas momentáneamente las seculares restricciones al respecto—de que nos vimos sumidos en la barbarie o poco menos. Fue una lección saludable, difícil de olvidar, pero el hecho cierto es que Kukulkán se llevó consigo sus secretos.

—¡Y los necesitamos angustiosamente, Kahut!

—Sí, pero ¿cómo lograrlos?

—La respuesta es obvia: hay que seguir a Kukulkán. Suplicar a sus descendientes, que es seguro gozan de una civilización jamás soñada por nosotros, nos concedan algunas migajas dé ella. No pueden negarse… ver cómo su$ hermanos de raza retroceden en lugar de avanzar, mientras ellos son quizá los dueños del Universo. Su rencor no puede llegar hasta ese extremo.

—Kukulkán partió hace más de seis mil años, si no recuerdo mal—objetó Kahut—. La Galaxia es inmensa y no sabemos en qué dirección buscarles. ¿Cómo dar con ellos?

—Ven—le llevó hasta un amplio ventanal. Su brazo se extendió en dirección a una estrella mucho más luminosa que la mayor parte de las demás—: ¿Conoces ese astro?

—¿Quién no, Gran Señor? A excepción de los otros dos componentes de nuestro sistema triple, es nuestro vecino más cercano. Precisamente por eso le llamamos Próxima Khirtik. Apenas está a algo más de cuatro

años-luz.

—En un planeta de Khirtik se estableció Kukulkán. Veinte años después de su partida se captó una señal radiada en nuestro idioma. Parecía dirigida a nosotros, pero no pudimos sacar gran cosa en limpio. Posiblemente estarían cansados de llamarnos sin obtener respuesta y abandonaron toda tentativa.

—¡No sabía que estaban tan cerca! En los anales no se dice nada de eso.

—Hay otros más secretos que los que tú conoces, Kahut—sonrió Gran Señor.

—Tal vez no tan buenos como los que hizo Kukulkán, pero puedo construir motores capaces de llevar una astronave hasta Khirtik—se entusiasmó Kahut, pasando por alto la observación del otro—. Imitándole a él, se pueden montar dos astronaves en un asteroide cercano para ahorrar combustible a la salida. El viaje puede durar—hizo unos rápidos cálculos mentales—alrededor de quince años. Más dos que me concedo para preparar la partida y otros tres por ˆimprevistos, podemos' suponer que dentro de veinticinco años se recibirán aquí noticias mías… si tengo éxito.

Y digo mías, porque supongo que se me habrá confiado la jefatura de la expedición.

—Aciertas. Tienes carta blanca para dedicar a ese objeto cuanta potencia industrial sea precisa.

—El regreso no vale la pena intentarlo… al menos en lo que a mí concierne. Seré demasiado viejo para esperar llegar aquí con vida.

—Tu sacrificio será tenido en cuenta, fiel Kahut. Nuestra civilización está en tus manos.

—Llevaré conmigo un grupo de niños para que sean hombres jóvenes y vigorosos a nuestra llegada. Si triunfamos ellos regresarán. Aunque lo que se consiga habrá venido antes por medio de mensajes radiados. Tal vez, incluso, el pueblo de Kukulkán nos proporcione medios más veloces para el viaje de vuelta.

Así quedó planteada desde un planeta oculto por el cegador, brillo de la estrella más cercana a nuestra Tierra: la triple Próxima Centauri, la solapada invasión de unos pocos en busca de algo cuyo recuerdo habíase poco menos que esfumado de la faz de nuestro mundo como de aquel de su procedencia.

Porque la culta expedición de Kukulkán llegó a la Tierra. Asentada principalmente en la península del Yucatán, vivió siglos de esplendor, extendiendo su influencia al resto de los continentes: Caldea, Asiría, Egipto, las civilizaciones Inca y Azteca en América, todas aprendieron algo de aquellos misteriosos llegados del cielo. Pero por causas desconocidas acabaron siendo aniquilados por aquellos pueblos que

dominaran…

Y hoy día, de los Mayas no quedan sino nebulosos rastros: los grandiosos edificios pétreos que levantaron, quizá ya en plena decadencia, tan similares a otros esparcidos por el resto del orbe, y que, constituyen uno de los más fascinantes enigmas de la historia. De sus inmensos conocimientos científicos, literatura y hechos no nos quedan sino unas pocas relaciones escritas, indescifrables hasta la fecha.

* * *

José Uriarte, californiano de nacimiento, aunque conservaba la nacionalidad española de sus padres, había merecido ya a los doce años una bien cimentada fama, de fantasioso. No se trataba de que relatara, como vividas por él mismo, las aventuras más espeluznantes cual ocurre coa algunos, bastantes, muchachos de su edad. Tampoco mentía por el dudoso placer de ocasionar daños más o menos graves. Nada de eso. Pepe Uriarte gozaba, simplemente, de una desbordada fantasía que le llevaba a creer, tan pronto que se encontraba navegando por los mares del Sur en una frágil goleta azotada por un devastador ciclón, como se veía conduciendo un trineo tirado por perros sobre los hielos más al Norte del Círculo Polar Ártico.

Y en las raras ocasiones en que se decidía a relatar sus aventuras, era tal el lujo de detalles que más de uno se sintió impulsado a estudiar más a fondo tales narraciones, llevándose la sorpresa de no encontrar ni un solo punto flaco en ellas. Todo lo relatado por el muchacho era perfectamente posible… y sin embargo él, pese a todo, no había podido vivirlo.

La mayor parte de los que le trataban llegaron a creer que, simplemente, era un aficionado lector de relatos de viajes, y que conservaba esta afición en secreto. No faltó quien le hiciera objeto de burlas más o menos sangrientas, a causa de las cuales acabó por reservar para sí mismo el caudal inagotable de sus imaginarias aventuras.

Y fue una lástima, aunque mirándolo desde el ángulo de la conveniencia del propio Uriarte, tal vez resultara en su propio beneficio a la larga.

Por ello no tiene nada de extraño. que nadie, le creyese cuando cierto día apareció por su casa, lleno de cicatrices recientes, cuando todo el mundo le suponía muerto como consecuencia del trágico accidente que costó la vida de sus padres.

Y, sin embargo, el muchacho no mentía… jamás lo había hecho.

Su versión de los hechos, concordante con la realidad hasta donde se había podido averiguar, era la siguiente:

—Íbamos a buena velocidad… tal vez a ciento veinte. Papa conducía

con su habitual despreocupación. De pronto, al atacar una curva, seguramente por haberse agarrotado la dirección, el volante no le obedeció. Nos precipitamos por el terraplén y yo, aunque herido, logré salir del coche por una de las ventanillas. Estábamos en medio de un arroyo de aguas turbulentas, aunque con poca profundidad. La corriente me arrastró irresistiblemente, pese a que yo quería permanecer en las cercanías por si podía ayudar a mis padres, a quienes había visto inmóviles. Me fue imposible. No sé cuánto tiempo estuve en el agua. Mi única preocupación era mantenerme a flote y respirar. Por fin perdí definitivamente el sentido.

“Desperté una vez. Debía ser de noche o las aguas me habían arrastrado a alguna caverna, porque estaba todo muy oscuro. Yo me encontraba tendido sobre una roca, con los pies aún en el agua.

“Me arrastré un poco, tratando de buscar un sitio más seguro: Las fuerzas apenas me respondían.. De pronto una luz que me pareció muy fuerte, inundó el lugar. Unos hombres, creo que eran dos, me sacaron de allí, pero antes de darme cuenta de dónde estaba, volví a desvanecerme.

“Al despertar de nuevo estaba en una habitación desconocida. Un matrimonio joven me atendieron durante todo el tiempo que tardé en sanar de las heridas. Un médico, también joven, me visitaba todos los días. Fueron muy amables conmigo. Luego me trajeron hasta las cercanías de la ciudad… y aquí estoy.

Su tío Alberto Fernández, hermano de la fallecida señora de Uriarte, movió la cabeza en ademán dubitativo.

—¡José!—le amonestó severamente—, ¿Es posible que ni en un trance tan serio abandones la reprobable costumbre de mentir?

—¿Mentir, tío? ¿En qué he mentido?

—Esos misteriosos salvadores, capaces de encontrarte Dios sabe dónde… que te llevaron a su casa, contrataron un médico… y finalmente te traen de vuelta sin presentarse a que se les den las gracias siquiera. Porque ellos sabrían quién eras tú.

—Desde luego. Antes de decírselo.

—Bien. ¿Por qué no me dices sus nombres… la población en que viven?

—No puedo, tío. Me hicieron prometer que no lo haría.

—Eso reafirma mi opinión de que mientes, José. ¿Qué interés pueden tener en ocultar su identidad?

—No lo sé.

Luchaba desesperadamente entre su lealtad a la promesa dada y el orgullo de su dignidad ofendida al creerle su tío un embustero. Finalmente optó por callar. Era tan inverosímil lo que hubiera podido decir que su tío no le habría creído.

Porque él estaba seguro de que las palabras de sus salvadores eran

ciertas. Que, aunque no pudiera percatarse de ello, sus nuevos amigos jamás perderían el contacto con él en adelante. Su vida, habían asegurado, les era preciosa. Y procurarían protegerla de todo peligro, en igual forma que le habían salvado de la catástrofe que costó la vida a sus padres.

Y recordando a estos últimos, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Por qué lloras ahora?—preguntó su tío extrañado, tal vez confundiendo el verdadero motivo.

——No es nada, tío. Ya se me pasa—trató de sonreír, logrando únicamente una mueca.

—Hemos de tratar de asuntos serios, José—el señor Fernández cambió de tema—. Supongo sabrás que, desaparecidos tus padres, me convierto en tutor tuyo. En adelante todas tus necesidades correrán de mi cargo. Cuando seas mayor de edad recibirás cuentas detalladas de mi administración sobre tus bienes.

—Procuraré no molestarte demasiado, tío Alberto. Tengo intención de internarme en un colegio.

—Me parece muy bien. ¿Han pensado ya en alguno?

CAPITULO PRIMERO

—¿ALGUNA novedad, Akach?

—Ninguna. Llevamos dos días en órbita alrededor del planeta, y si bien he captado infinidad de emisiones de radio, me es imposible descifrar ninguna. No hay nada que se parezca a nuestro idioma ni remotamente,

—Sigue buscando y graba todo lo que puedas. Lo estudiaremos con calma en busca de una clave.

Kahut, un encorvado anciano, bien distinto de aquel Kahut que más de treinta años antes se inclinara ante el Gran Señor de Próxima Centauri, se aproximó a otro hombre que tomaba notas ante su mesa de trabajo. De vez en cuando consultaba la lente de un telescopio en busca de detalles de la superficie del planeta que giraba bajo sus pies.

Repitió la pregunta que antes hiciera a Akach.

—Hay muchas ciudades de todos los tamaños—fue la respuesta que obtuvo—. Desde tan gran altura es imposible captar muchos detalles. Yo aconsejaría descender más, pero Kutageh afirma que es demasiado peligroso. Ha localizado algunos satélites artificiales y cree que, si bien en menor escala que lo tenemos nosotros, la gente de aquí practican el vuelo espacial.

—Es lógico—sonrió Kahut—. Los secuaces de Kukulkán llevaban un bagaje científico muy superior al que poseemos nosotros ahora. ¡Y han transcurrido más de seis mil años!

—¿Quieres que te diga lo que pienso, Kahut? Que si Kukulkán llegó a este planeta alguna vez, no queda de él y de sus compañeros ni el recuerdo.

—¿Por qué? ¡Eso presentaría dificultades casi insalvables a nuestra expedición!

—Sencillamente lo he deducido del modo siguiente: Akach no ha sintonizado ni una sola emisión que pudiera parecerse a nuestro idioma, ni aun contando con las naturales modificaciones del lenguaje en todos estos siglos. Y tú mismo dices que Kukulkán superaba en ciencia a lo que poseemos nosotros. Ahí abajo no nos han alcanzado aún.

—Estoy por creer que aciertas, amigo mío—tuvo que reconocer Kahut desmayadamente—. ¿Qué aconsejarías tú?

—Retirarnos… provisionalmente. Esta nave es demasiado voluminosa para que pudiera pasar desapercibida, aparte del fenomenal consumo de combustible que supondría el elevarla luego. En este

sistema hay muchos planetoides, uno de los cuales podemos utilizar como base. Con las navecillas ligeras qué llevamos se puede intentar un desembarco en alguna zona desértica, o en el mar que cubre la mayor parte del planeta. Luego… ya veremos.

* * *

Un joven de buena estatura, atléticas espaldas y ensortijado cabello negro, salió por la puerta principal del edificio de la NAC (National Atomic Corporation), Se detuvo unos instantes oteando a un lado y otro de la calle hasta, decidirse a cruzar en un momento propicio. Decididamente penetró en el restaurante de la esquina, y, como quien lo hace en su propia casa, buscó acomodo en una mesa situada junto a un ventanal.

El camarero acudió solícito a su lado.

—¡Buenos días, señor Uriarte!—saludó con una sonrisa al puntual cliente. El, para un anglosajón, exótico apellido lo pronunció en forma algo extraña, "yuriart"—. ¿Lo mismo dé siempre?

—Sí, Doug—sonrió Uriarte—. Pero, además, tráeme algo bueno para remojarlo: hoy hemos hecho un buen negocio.

—¡Enhorabuena! Un estupendo "Bourbon" es lo más indicado.

—De acuerdo… ¡Ah, Doug!—agregó cuando el camarero ya se retiraba a cumplimentar el encargo. Doug regresó sin dejar de sonreír—. ¿Conoces a la señorita Jane Stroem?

—¡Claro que la conozco! Viene todos los días apenas marcharse usted.

Eso explicaba el hecho de que no hubiera tenido encuentro alguno con ella hasta ahora. Creía conocer, no sólo de nombre, sino también de vista, a la mayor parte de los empleados de la NAC, pero seguramente no era así: algunos de ellos retrasaban, por el motivo que fuese, la hora del "Lunch".

—Tráeme el "Courrier" para entretenerme, pues. He de hablar con ella fuera del trabajo, y como no la conozco tú te encargarás de presentármela. Tan pronto llegue me avisas.

Transcurrió una hora larga. Uriarte leyó el periódico de punta a cabo, sin dejar una sola palabra. Tuvo tiempo de aburrirse, contestar a los saludos de algunos empleados a quienes conocía y admirar en silencio a una porción de secretarias, la mayoría de las cuales comían rápidamente sus emparedados en el mostrador, saliendo disparadas a continuación.

Todas ellas quedaron, sin embargo, eclipsadas por la rubia que entró cuando Uriarte comenzaba a impacientarse. A la legua se distinguía su ascendencia escandinava en la más que mediana estatura y tersa piel

blanquísima que contrastaba con los rojos y carnosos labios.

Antes de que Doug hiciera la seña convenida, Uriarte ya estaba seguro de que era la que él buscaba. La coincidencia de su aspecto con el apellido “Stroem” apenas dejaba lugar a dudas.

Doug se aproximó a la mesa de Uriarte, en espera de instrucciones. Sin embargo, viendo que el joven ya se levantaba, cambió de parecer, optando por esperar a que le llamasen.

Jane Stroem giró la vista alrededor.

—¿No encuentra sitio?—preguntó, con voz cálida, ligeramente guasona. El restaurante, excepto por ellos dos y un par más de clientes, estaba totalmente vacío.

—Perdone usted, señorita—aclaró Uriarte, deseoso de despejar todo posible malentendido—. Se trata sencillamente de que necesito hablar con usted, y…

—Hágalo—repuso fríamente. No estaba dispuesta a dar facilidades—. Mientras exhibe sus dotes de orador, permítame que coma. No tengo demasiado tiempo.

Uriarte quedó cortado. No tenía demasiada costumbre de tratar con mujeres y le ponía en un apuro aquella falta de colaboración.

—Me llamo José Uriarte- aclaró, por si servía de algo—. Soy el… .

—Gerente de la División de Investigaciones de la NAC. Le conozco. ¿Se trata de algo relacionado con el trabajo? Porque si es así…

—…la hubiera llamado a mi despacho—interrumpió él a su vez, algo molesto. Le fastidiaba que le tomaran por un Don Juan profesional.

La muchacha debió ver algo de lo que ocurría en el interior de Uriarte, porque su actitud se hizo más conciliadora.

—Está bien, señor Uriarte. Diga lo que desea de mí —con una sonrisa le dio a entender que comenzaba a disiparse su primera mala impresión. Era un buen mozo en realidad, pensó, y no le molestaba en absoluto su compañía.

—Es algo difícil…—hizo una pausa mientras Doug acudía a recibir instrucciones. Luego prosiguió—. ¿Conoce usted a Frank Lewis, de San Joaquín?

—¿Lewis? No… no creo. ¿Por qué lo pregunta?

—Él debe conocerla a usted bien. Me ha recomendado…—se interrumpió, sospechando que si decía la pura verdad ella no iba a creerle. Optó por una inocente mentira—., Me ha recomendado que haga por usted cuanto esté en mi mano.

Jane Stroem levantó la mirada del plato, para posarla en el joven.

—Gracias—dijo con sequedad—. No necesito recomendación alguna. Ocupo el sitio que creo merecer y jamás he pedido a nadie que interceda por mí… ni conozco al tal Lewis.

Uriarte comenzó a temer que había equivocado la dirección. Jane

Stroem era bastante susceptible. Sin terminar su comida se levantó de la mesa.

—Nuevamente le pido perdón. Seguro que existe un equívoco en alguna parte, que yo me ocuparé en aclarar. Buenas tardes, señorita.

—Déle recuerdos de mi parte a ese… Lewis—le siguió la despedida irónica de la muchacha.

Maldiciendo para sí la malhadada idea de Frank Lewis, regresó a su oficina. ¡Él no servía para estas cosas! Y sin embargo, Frank, debía tener sus motivos para pedirle que estableciera contacto con Jane Stroem. Frank nunca hacía las cosas a la ligera según estaba demostrado. ¡Pero podía haber sido más explícito!

* * *

—¡Diga!—Uriarte bajó la palanca del micrófono que le comunicaba con su secretaria. Estaba de mal humor todavía y no se preocupaba demasiado en disimularlo.

—La señorita Stroem, de Isótopos, pregunta si puede usted recibirla, señor Uriarte.

Quedó mudo por la sorpresa. Su secretaria llegó a creer que no la había oído, pues repitió la información al cabo de casi un minuto.

—Hágala pasar.

¿Qué diablos querría ahora, luego del puntapié que, metafóricamente, le había propinado varios días antes?

Jane Stroem traía el mismo traje de chaqueta ajustado que el día del restaurante. Se la veía vacilar cuando se sentó en una silla siguiendo la muda indicación de Uriarte.

José estaba a sus anchas, aunque irritado todavía. En esta ocasión los triunfos estaban de su parte.

—¿Me han dicho que quería usted hablarme? —preguntó secamente, ofreciendo un cigarrillo. Ella negó con la cabeza y permaneció en silencio mientras Uriarte aplicaba la llama al cilindro blanco.

—Así es… Y créame que lamento' mucho lo del otro día.

—¿Lo lamenta? ¿Por qué? Reconozco que mi posición era bastante falsa… y las circunstancias no han variado.

—No le conocía a usted, señor Uriarte. Es decir… bueno, supongo que ya me entiende. Pero cuando usted se marchó, Doug, el camarero intervino en su defensa. Me hizo sentirme avergonzada de mi proceder, y vengo a pedirle disculpas.

—Concedidas, si eso la satisface.

Permanecieron unos instantes en silencio. Uriarte observando las volutas de humo que ascendían de su cigarrillo; Jane Stroem cada vez más cohibido.

—¿Deseaba algo más, señorita Stroem?—preguntó él por fin, como extrañándose de que la joven permaneciera aún allí.

Ella saltó.

—¡Por favor, señor Uriarte! ¿Por qué hace eso conmigo? ¿No comprende lo que he tenido que forzar mi orgullo para rebajarme hasta este extremo?

—Yo no se lo he pedido. Simplemente…—vaciló. Le causaba pena el apuro en que se encontraba la muchacha, y todo su rencor se desvaneció en un momento. Más amablemente prosiguió—: Por favor, dígame lo que desea… el motivo real de solicitar esta entrevista.

—Gracias—por primera vez desde que entrara, Jane sonrió—. El Otro día me habló de un amigo suyo… Lewis, si no recuerdo mal. Sigo ignorando quién es, pero si se toma tanto interés por mí como usted dijo, quisiera pedirle un favor.

—Cuente con él. A Frank no puedo negarle nada, ya se lo dije.

—No es para mí. Se trata de un amigo mío, Dick

Harris. Desea que se le conceda un empleo en la NAC.

—Usted sabe que eso no es de mi incumbencia. La admisión de nuevos empleados corresponde a la División de Personal. Lo lamento mucho, pero…

—Hablemos con claridad, señor Uriarte. Yo sé que su empleo aquí es únicamente nominal. La mayor parte de las acciones de la empresa le pertenecen a usted. Y puede hacerme ese favor, si quiere.

Uriarte se vio acorralado.

—Pero, ¿por qué no lo solicita por los cauces corrientes? Si tiene capacidad no habrá dificultades en admitirle. Y si no es apto sería despedido aunque le recomendase yo.

—Es que… no tiene un título académico. Sin embargo puedo garantizar su eficiencia. Es un técnico competentísimo, que tiene poco que envidiar a cualquier diplomado.

Uriarte quedó extrañado, pero no hizo comentario alguno. Le dolía no hacer el favor a la muchacha.

—Bien. Le admitiremos. Trabajará con usted. Y usted será directamente responsable de él.

—Muchas gracias— no demostraba alegría alguna al levantarse, dando por terminada la entrevista—. No sabe usted cuánto le agradezco este favor. ¡Le aseguro que no tendrá que arrepentirse de ello!

* * *

—Se van cumpliendo los objetivos, Kahut. Tenemos ya veinte hombres introducidos en el engranaje industrial del país. Aparte otros catorce en el Ejército, la Marina y la Aviación.

—Falta mucho aún, Akach. La tarea es de años. Yo no espero ver el final.

—Sin embargo lograremos nuestros fines. No podemos fracasar ya que es la existencia de la raza la que está en juego.

—Sin embargo me apena esta lentitud en el progreso. Es la tarea a que he dedicado mi vida y quisiera contemplar su culminación. ¡Hay que apresurarse! ¡Tú tampoco eres joven, Akach!

—¿Qué sugieres?

—Dividir nuestra actividad en tres secciones: la primera es la que ya está en funcionamiento. La segunda, a mi entender mucho más importante por los rápidos resultados que podría proporcionar, Consiste en buscar los rastros de Kukulkán. Si llegó a este planeta, seis mil años no son suficientes para borrar todo vestigio. En alguna parte han de haber bibliotecas ocultas, semidestruidas… como sea. ¡Hay que encontrarlas!

—¿Y la tercera?

—¡La acción directas Akach! ¡Ya sé por dónde empezar!

* * *

—¿Y dice usted que no conoce a nadie en San Joaquín?

—No. A nadie. Y, ¿sabe una cosa?

—¿Qué?

—Empiezo a creer en su sinceridad. Insiste demasiado en el tema.

—He telefoneado a Frank más de veinte veces desde aquel día. Y siempre insiste en lo mismo: que haga amistad con usted; que la ayude en lo posible. Lo demás no me importa, dice.

Jane Stroem conducía su magnífico automóvil rojo. Regresaban de una corta excursión propuesta por ella misma.

—pe pequeño, Frank me salvó la vida—recordó Uriarte—. Siempre me ha dicho que la causa fue lo que otros consideraban un defecto en mí; una desbocada fantasía que me hacía creer como vividas por mi persona aventuras de toda especie en lugares remotos. Se me tenía por un formidable embustero —terminó riendo.

—¿Y aún cree usted en ello?—preguntó ella con curiosidad.

—¿Me guardará el secreto?—Jane afirmó con la cabeza—. Pues le voy a confiar algo que nadie sabe, excepto yo; esas aventuras las sigo viviendo, en la actualidad. Por la noche. No se trata de sueños tal como le ocurre a la mayor parte de la gente. Los míos están llenos de detalles reales, no queda lugar en ellos para la fantasía pura. Si, por ejemplo, conduzco un avión, siento el vértigo, oigo el ruido de los motores, el silbar del viento en las alas. Tratándose de una exploración en un desierto, la arena me molesta en los ojos, el calor es sofocante… en fin,

que hasta en casos de los que jamás he tenido ocasión de ver o leer nada, nunca me desvío de la realidad. (Recuerdo que una vez estuve a punto de ahogarme en el mar, ¡y le aseguro que el agua estaba salada de verdad!

Rieron de buena gana. Luego Jane se puso seria.

—Confianza por confianza: a mí me ocurre lo mismo.

Guardaron silencio. Jane Stroem, luego de su espontánea confesión, quedó absorta en la contemplación de la cinta asfaltada de la carretera, como arrepentida de sus palabras. Uriarte, asombrado de tamaña coincidencia.

¿Y por qué, coincidencia? Teniendo en cuenta que el interés de Lewis por él radicaba en sus extraños sueños, y que había demostrado interesarse en igual forma por la muchacha, tal vez el motivo residiera precisamente en ello. De algún modo, lo mismo que supo de José Uriarte podía haber llegado a conocer de Jane Stroem.

Tal vez se trataba de un capricho de Millonario. ¿No había quien se dedicaba a coleccionar sellos o monedas? Lewis podía llevar su extravagancia a coleccionar individuos con facultades estrambóticas.

Marchaban a velocidad relativamente moderada por una larga recta. Detrás de ellos apareció otro automóvil, negro, que tardó apenas segundos en alcanzarles. Pero en lugar de pasar de largo se mantuvo junto a ellos, cortándoles el terreno al adelantarse ligeramente. Jane se vio obligada a reducir aún más la marcha so pena de tener que salirse del camino. Los dos coches quedaron detenidos en pocos segundos.

—¿Qué significa esto?—Uriarte, indignado, abrió la portezuela. En dos zancadas se plantó junto a la ventanilla del conductor… para ver debajo de sus- narices el azulado cañón de una pistola.

—Quieto, muchacho—advirtió el chófer del coche negro—. Hemos de hablar un poco.

CAPITULO II

EN breves segundos se vio Uriarte rodeado por tres hombres, mientras un cuarto obligaba a Jane a abandonar el coche. A pocos pasos de allí crecía un bosquecillo, donde les condujeron sin hablar palabra, hasta detenerse en un pequeño claro.

—Aquí podremos hablar sin que nos molesten demasiado.

—¿Qué quieren de nosotros?—volvió a preguntar Uriarte, rojo de indignación.

Uno de los raptores se mantenía algo apartado como no queriendo intervenir en el asunto. El chófer ofició de portavoz.

—Necesitamos los planos del nuevo reactor enano.

—No sé de qué me hablan. Deben haberse confundido ustedes.

El otro no pareció enfadarse. Sonrió.

—Mire, jovencito. No[1] trate de hacernos perder el tiempo. Le conocemos perfectamente, lo mismo que aquí, a su amiguita. ¿Qué contesta?

—No puedo darles lo que piden, aunque quiera… que tampoco quiero.

—¡Querrá, no lo dude! No creí que fuera tan tozudo, sabiendo que no tiene elección posible… ¡Stab! Saca a la señorita de aquí.

Uno de sus compañeros obedeció, empujando sin demasiados miramientos a Jane. La muchacha vaciló unos instantes.

—¿Qué… qué van a hacerle?

—No te preocupes, preciosa. Te lo devolveremos, en bastante buen estado.

Y riendo su gracia, Stab la obligó a precederle.,

—¡Arréale, Jim! —estas palabras fueron la señal para que un corpulento individuo se aproximara a Uriarte, Sus facciones eran las típicas del boxeador profesional, nariz aplastada, orejas irreconocibles como tales a no ser por su posición, y un cuello de toro que le obligaba a usar camisas especiales. Un torso de barril completaba el cuadró junto con las piernas delgadas y ágiles.

Sin previo aviso conectó un soberbio directo entre los ojos de Uriarte, quien midió el suelo con las espaldas. Dio una vuelta sobre sí mismo hasta quedar de bruces y trató de incorporarse.

A través del zumbido que llenaba su cabeza, le llegaron las palabras del otro.

—¿Tiene bastante ya? Le advierto que está permitido defenderse… si puede.

No contestó. Le estaba ocurriendo algo raro. Las tinieblas que oscurecían su cerebro se veían taladradas por un brillante punto de luz, que por momentos crecía… hasta convertirle en un ser distinto, sin dejar de llamarse José Uriarte. Desde muy lejos percibió la voz de Jane:

—No lo maltratan… yo trataré de convencerle.

La respuesta, si la hubo, no llegó hasta él. En su lugar el mastodonte que le había pegado, decía:

—Si trata de levantarse, le daré en la cara con la rodilla.

Y la violenta luminosidad estalló de pronto en un cegador arco iris. Se sintió lleno de energías, capaz de destrozar a una docena de matones como el que le esperaba.

Levantó la cabeza.

Jim avanzó la pierna con ánimo de llevar a la práctica sus intenciones. Dos manos de hierro saltaron hacia su tobillo y sintió que una fuerza irresistible se lo retorcía, obligándole a dar una vuelta en el aire. Sus compañeros, asombrados, vieron cómo el que ellos creían seminconsciente víctima se levantaba hasta la posición vertical sobre las puntas de sus pies, sin .apoyarse en parte alguna, cual si un cable invisible tirase de él.

El boxeador era un pelele en sus manos. Cada golpe que largaba iba a parar al vacío, recibiendo en cambio una serie de puñetazos bien dirigidos, como si el otro adivinara sus intenciones antes de que acabaran de formarse en su mente. La pelea se prolongó largo rato únicamente porque los golpes de Uriarte apenas hacían mella en aquel individuo, acostumbrado a los porrazos. Finalmente fue tanto el castigo que se derrumbó como un saco.

Uriarte quedó jadeante, contemplándose los desollados nudillos, cubiertos de sangre.

El que había ordenado a Jim que le “arrease” no salía de su asombro.

—¡Oiga! ¿Cómo lo ha hecho?

Uriarte no se dignó responder. Poco a poco iba recuperando el ritmo de su respiración. El hombre que había asistido en silencio a la escena intervino en este momento.

—¡Basta ya de juegos, Lou! Hemos venido a trabajar.

La actitud del llamado Lou cambió como por en- canto; daba la impresión de que aquellas simples palabras le habían acobardado.

Sí, señor—tragó saliva—. Bien, señor Uriarte, ya ha oído al jefe. ¿Qué contesta?

—No me han demostrado ustedes nada. Sigo en lo que les he dicho antes.

—La próxima vez no vendrá Jim, se lo aseguro.

Y quizá no le gustaría a usted alojar en su cuerpo un trozo de plomo… o que le ocurriera una desgracia a su novia.

—¿Hasta ahí son capaces de llegar, cobardes?

—No discutamos más—terció nuevamente el que

Lou llamaba “jefe”.—Para mañana por la tarde traerá usted aquí, de cuatro a cinco, los planos completos del reactor. Si no lo hace tomaremos nuestras medidas.

—¡Ya ha oído al jefe!—Lou, pasado el pasmo por la derrota de Jim, que comenzaba a rebullir en el suelo, volvió a mostrarse enérgico—. ¡En marcha por donde hemos venido!

Uriarte obedeció. Pero apenas había dado dos pasos sintió el contacto de algo duro sobre su cabeza. Las luces de antes volvieron a reproducirse durante una décima de segundo, y perdió el sentido.

Al abrir de nuevo los ojos estaba a su lado Jane Stroem. Ni rastro de los asaltantes. La muchacha le colocaba sobre la frente un pañuelo empapado en esencia, tratando de reanimarle.

—¿Se han ido ya? —preguntó Uriarte con voz débil.

—¡Oh, gracias a Dios que despierta! Sí, se han marchado, diciéndome que viniera a por lo que quedaba de usted. De momento pensé que lo habían matado.

—Vámonos de aquí.

Intentó ponerse de pie, pero todo daba vueltas a su alrededor. Jane tuvo que ayudarle hasta que se acomodó en el asiento del coche.

Durante diez minutos marcharon sin pronunciar palabra. Uriarte lanzó una imprecación:

—¡Diablos, cómo duele!

—¿Por qué no accede a lo qué le han pedido? Hubiera podido ahorrarse la paliza. Y tal vez lo pase peor a la otra, pues no creo que desistan.

—Lo sé. Pero ¡me fastidia regalarles mi trabajo así por las buenas!

Otro silencio se hizo entre ellos.

—¡No me lo explico!

—¿Qué es lo que no se explica?

—Cómo saben ellos lo del reactor. ¡Apenas hace una semana que terminamos las pruebas en un modelo experimental! No está siquiera patentado aún.

Jane se encogió de hombros, alegando ignorancia.

* * *

Desde el día en que Jane Stroem visitó a Uriarte en su propio despacho, habían adquirido la costumbre de comer juntos. Doug se

frotaba las manos viéndoles tan amigablemente sentados a la mesa.

—¿Qué va a hacer por fin?—preguntaba ella al día siguiente de su aventura.

—¡Nada, naturalmente! Esa gente no van a amedrentarme así por las buenas.

—¿No va a acudir ni siquiera a la policía!

—No.

—¡Es una locura! ¡Pueden matarle!

—¿Qué ganan con ello? ¿Cree que matándome tendrán los planos más a su alcance?

Doug se acercó en ese momento.

—Le llaman al teléfono, señor Uriarte.

—Gracias, Doug. Perdone un momento, Jane.

Era Frank Lewis quien le llamaba desde San Joaquín.

—¡Vaya, hombre! ¿Dónde te metes?—preguntó Uriarte—. Desde ayer tratando de hablar contigo y tú siempre fuera. ¿Cómo está Magda?

—Tocios estamos bien, muchacho. ¿De qué se trata?

—Necesito hablar contigo, pero personalmente. O vienes aquí o voy yo a San Joaquín.

—Sabes que no puede ser, José. Te lo he dicho ya muchas veces.

—¡Eres el tío más misterioso del mundo, Frank! Me gustaría mucho saber esos motivos tan importantes para que no pueda abrazarte. No os he visto desde hace más de diez años. Dudo que os conociera.

—Dejemos eso, ¿quieres? Ya lo hemos discutido otras veces. ¿Qué te pasa?

Uriarte le contó lo más brevemente posible lo ocurrido.

—Eso es grave, muchacho—hubo un corto silencio, mientras Lewis reflexionaba a toda velocidad—. Pero no te preocupes. Sigue actuando como si no hubiera pasado nada, que yo me encargo de lo demás.

—¡Pues vaya consuelo que me proporcionas! ¿Se puede saber hasta qué edad he de tenerte de niñera a distancia? ¿No puedes decirme nada, de nada?

—No, lo siento, José. En su día, tal vez dentro de pocos días o quizá de algunos años, sabrás todo… y posiblemente no necesitaré decírtelo por teléfono.

Más intrigado qué antes, pero relativamente tranquilo, ya que Lewis no le había fallado hasta ahora, Uriarte colgó el aparato.

—Este Frank—comentó al sentarse a la mesa— siempre tan misterioso. No he podido arrancarle ni una sola palabra.

—¿Cree que él puede ayudarle?

—Siempre lo ha hecho de un modo u otro. Confío en que esta vez lo hará también.

Ninguno de los dos puso atención al hombre que se sentaba en la mesa próxima, y que poco después, terminada la comida, se levantaba casi al mismo tiempo que ellos, saliendo a la calle.

Era un individuo de tez morena, alto y de cabello áspero, negro como el carbón. La muchedumbre que transitaba por la calle se lo tragó instantáneamente.

Aquella noche Uriarte encontró un papel en el suelo al abrir la puerta de su departamento. Alguien lo había deslizado por debajo.

Era un simple rectángulo con una frase manuscrita en letras de imprenta:

NO ACOSTUMBRAMOS A ESPERAR EN VANO

—¡Bah!—:se dijo—. Mientras se trate solamente de mensajes…

* * *

—Te digo, Kahut, que es cierto.

—¡Tonterías! Esta gente no posee, ni por asomo, el más mínimo poder telepático.

—Percibí perfectamente el choque. Afortunadamente pude cerrar mis defensas y no creo que penetrara en absoluto en mis pensamientos. Sin embargo, mi falta de experiencia me hizo sentirme intranquilo y dejar su compañía cuanto antes.

Kahut sonrió para sí. ¿Qué sabía aquel muchacho inexperto, que apenas contaría diez años a la salida de su planeta natal? En Próxima Centaurii poseían un pequeño animal telepático, inofensivo pero muy escurridizo para el hombre, ya que adivinaba todas sus intenciones. Finalmente, habían podido domesticarle y era un servidor fiel que cumplía las órdenes hasta el mínimo detalle con la sola limitación de sus escasas facultades físicas. La expedición no trajo ninguno a la Tierra, y los más jóvenes apenas tenían experiencia alguna de su trato. Pero Kahut sí los conocía perfectamente. Sabía que los de su raza, en el transcurso de siglos de estrecho contacto, habían llegado a desarrollar una facultad especial que les permitía saber cuándo alguno de aquellos seres trataba de penetrar en sus mentes. Ello trajo consigo el desarrollo de una especie de defensa que cerraba el paso a las ondas telepáticas.

—En los años que llevamos aquí, ninguno de nosotros ha percibido el más leve signo de tales facultades, Gukat. Es muy extraño, a menos que se trate de una mutación.

—No puedo decir más de lo que he dicho, Kahut.

—Tranquilízate. Debes haber confundido cualquier dolorcillo pasajero… el nerviosismo propio de la situación…

—¡No!—le interrumpió el otro, excitadísimo— ¡Hay más aún! ¿Qué me dices de la forma en que esquivaba todos los golpes de un experto luchador? La casualidad podría haberle ayudado en alguna ocasión, pero ese Jim no tuvo la menor oportunidad de alcanzarle. Cada vez que lo pienso estoy más seguro de que conocía las intenciones de Jim antes de que éste acabara de formar cada idea.

—Eso tiene más sentido, Gukat. Sigo creyendo que estás en un error, pero para tu tranquilidad y la mía, ya que no podemos arriesgar el éxito de nuestra empresa por cualquier descuido, investigaremos. Puedes retirarte.

Otro hombre entró a informar a Kahut de sus actividades.

—Cumpliendo órdenes, he acudido al restaurante. La chica Stroem y Uriarte comen juntos y no me ha sido muy difícil escuchar su conversación. Uriarte ha hablado por teléfono con un tal Frank, comentando al parecer lo que le ocurre. Por lo que ha dicho después a la muchacha, he sacado la conclusión de que ese Frank le ha prometido protección.

—Eso es interesante—comentó Kahut, pensativo—. Habremos de andar con pies de plomo no sea que un asunto al parecer sin importancia venga a complicamos la vida. ¿No has podido saber el nombre completo de ese Frank, ni su dirección?

—No. Pero por la forma en que hablaban de él, Jane Stroem debe conocerle bastante.

—Bien. Ella nos dirá lo necesario… ¡Otra cosa! —advirtió al ver que el otro se disponía a retirarse—. ¿No has observado nada extraño en las proximidades de Uriarte?

—Nada me ha llamado la atención.

Kahut comenzaba a preocuparse por algo que había comenzado simplemente como una tentativa de conseguir, algo que no tenía demasiada importancia: un reactor liliputiense, que, con toda seguridad, no añadiría gran cosa al botín científico que estaba adquiriendo en busca de una solución para los problemas dé su planeta natal.

CAPITULO III

JOSÉ Uriarte despertó alarmado. Últimamente no andaba bien de los nervios, reflexionó a la vez que atendía en busca de algún rumor. El asalto en la carretera, y luego la nota por debajo de la puerta, le tenían en vilo pese a que él no quería reconocerlo.

Silencio. Únicamente el tic-tac de su reloj sobre la mesilla de noche. Rápido… Tal vez más rápido de lo normal.

¡Eran dos los relojes que oía!

Encendió la luz, y con el mismo movimiento saltó de la cama.

Se detuvo en seco al ver al individuó de repulsivas facciones que le apuntaba con una pistola desde junto a la puerta.

—¡Vístase, amigo! Vamos a dar un paseo.

Obedeció. No tenía más remedio. Cuando, acababa de calzarse los zapatos hizo su aparición otro pistolero, que seguramente había estado registrando la casa.

—No hay nada de interés—dijo—. Dinero y algunos papeles. He tomado éstos de encima de la mesa del despacho por si acaso, aunque no creo que estos garabatos sirvan de algo.

Y exhibió un puñado de cuartillas emborronadas, llenas de ecuaciones. Uriarte sonrió disimuladamente. Aquellos papeles proporcionarían quebraderos de cabeza a más de un matemático y no servían para nada absolutamente. Pocas horas antes, desvelado, se entretuvo intentando imposibles matemáticos y ensayando curiosidades. Todo estaba mezclado allí: dos cuartillas completas contenían un fútil intento de lograr la cuadratura del círculo. Otro grupo de ecuaciones, pretendían demostrar el error de la teoría de la Relatividad al fijar como velocidad máxima la de la luz. Y, finalmente, emborronó un buen, lote de papeles en busca de un procedimiento sencillo para obtener el número de granos de trigo en el famoso tablero de ajedrez, sin recurrir a la tabla de logaritmos y las altas matemáticas.

Salieron. No tuvo ni la más remota oportunidad de burlarles mientras bajaban en el ascensor, ni al salir a la calle. Un coche negro, de aspecto vulgar, esperaba ante el portal.

—¡Véndale los ojos, Lou!—ordenó uno de los que le conducían al que esperaba dentro del coche. Uriarte le reconoció inmediatamente. Era el mismo Lou que trató de que Jim, el boxeador, le diera una paliza.

Entre Lou y uno de los otros se dejó llevar duran- té un buen rato. Tuvo la impresión de que ni aun viendo el camino sería, capaz de saber

por dónde iban.

Una hora después, cuando habían torcido a derecha e izquierda docenas de veces en un obvio intento de desorientarle, le hicieron cambiar de vehículo. Solamente se hablaron en su presencia las palabras "baje" y "suba". Por fin se detuvo el segundo coche y le quitaron la venda de los ojos.

Se encontraba en lo que parecía un garaje de casa particular. Por una puertecilla le hicieron pasar al cuerpo principal del edificio, y segundos después se encontraba en presencia de un hombre, casi un anciano a juzgar por su aspecto general. Sin embargo, sus negros cabellos, sin una sola cana, parecían desmentir los otros signos de senilidad. Daba muestras en todas sus acciones, de una energía poco común.

—¡Siéntese, señor Uriarte!—dijo secamente. José obedeció. La butaca que le había señalado era bastante confortable. Kahut, pues de él se trataba, le escrutó en silencio. Sus ojos brillaban como carbones encendidos.

—¿Qué significa este atropello?—demandó Uriarte, cansado de aquel escrutinio. Kahut sonrió. Se expresaba en un inglés perfecto al responder:

—Hace unos días se le pidió un favor, señor Uriarte. Usted no ha accedido.

—¡No acostumbro a facilitar la tarea de pistoleros, ladrones o algo peor, señor mío!

—Sólo ofende la verdad—replicó Kahut—. En este caso no me considero aludido, ya que para mí todos esos calificativos más bien les corresponden a…—se interrumpió, temiendo estar hablando demasiado —. Bien, no tiene importancia. Quedamos, pues, en que se niega a colaborar con nosotros.

—¿Cómo lo ha adivinado?—preguntó Uriarte sardónicamente,

—Me gusta su sentido del humor, aun en situaciones difíciles. Porque le supongo enterado de que se encuentra en un brete.

—Es posible… o tal vez es usted el que lo está. Todo depende del punto de vista—le remedó.—Dejemos de frases más o menos ingeniosas que a nada conducen. No le he hecho traer aquí para reprocharle lo del reactor que se niega a proporcionarnos, sino a rogarle me conteste a unas cuantas preguntas.

—Hágalas y yo contestaré… si quiero.

—Le advierto que al final de nuestra conversación pienso inyectarle una droga semejante a lo que usted conoce con el nombre de "suero de la verdad". Y que no me gusta que me engañe nadie. Dígame, pues: ¿Qué representa para usted Frank Lewis?

—Es un buen amigo—contestó tranquilamente, aunque algo asombrado de aquella pregunta inesperada. Puesto que sabrían la

verdad; a nada conducía el mentir. Mientras que si veían que colaboraba…

—¿Nada más que eso… un buen amigo?

—Nada más,

—Parece que tiene cierto ascendiente sobre usted. Y que usted acude a él en los momentos difíciles. ¿Por qué?

—Mire, señor. Le voy a decir todo cuanto sé de Frank, que es bien poco. Así le ahorraré preguntas inútiles. Si no queda satisfecho con lo que le diga, puede evitarse la molestia de preguntarme, porque no sé más.

"Cuando yo tenía doce, años, sufrí un accidente de automóvil. En él murieron mis padres. Frank y otro amigo a quien no conozco, me salvaron la vida, cuidándome hasta que estuve en condiciones de volver a casa. Desde entonces no les he vuelto a ver, aunque raramente transcurre una semana sin que estemos en contacto por teléfono. Frank se interesa mucho por mí, y me da consejos cuando los necesitó. Jamás ha consentido en que nos viéramos, y yo dudo que pudiera conocerle ahora. Han pasado muchos años."

Calló. Kahut esperaba tal vez que continuase, pero como no lo hizo, preguntó:

—¿Nada más?

—Ni una palabra.

—No Je creo, señor Uriarte.

—Haga lo que le dé la gana. No pretendo obligarle.

—Esa historia ya la conocía yo por otros conductos. Es la que cuenta usted a sus amigos. Quiero la verdad.

Uriarte se quedó rígido como si le hubieran propinado un mazazo en la nuca. ¡La única persona en el mundo a quien había confiado esto era Jane Stroem!

—Pues pudo haberme dejado dormir tranquilo. Como ve no le he dicho nada nuevo.

—¿Desde cuándo es usted telépata?—la inesperada pregunta sumó su efecto a la revelación anterior, dejándole aturdido.

—¿Está usted loco? No existe tal cosa.

Kahut miró severamente a Gukat.

—¿Te convences de tu error, Gukat?—preguntó en su idioma—Es imposible que pueda disimular hasta este extremo.

—No estoy tranquilo—repuso éste—. Yo le pondría la inyección.

Pero fue inútil, Uriarte, bajo el efecto de la droga hipnótica, no varió sus manifestaciones en lo más mínimo.

—¡Sin embargo sabemos que Lewis, o alguien más de su casa, es telépata! Nuestros hombres captaron su presencia al tratar de acercarse.

—¿Qué hemos de hacer, pues?

—Si pudiéramos deshacer lo hecho, yo le dejaría en paz. Es posible que nos hayamos metido en un avispero sin saberlo. Tal como están las cosas hemos de controlar a esos telépatas para que no se inmiscuyan en nuestros asuntos.

* * *

—Usted es la señorita Stroem.

Jane se volvió con sobresalto hacia el hombre que acababa de sentarse a. su lado.

—¿Qué desea de mí?

—No gran cosa—sonrió tranquilizadoramente el otro—. Soy amigo de José Uriarte… y de usted, aunque no me conozca.

—¿Qué es lo que quiere?—repitió, no muy segura de que el hombre dijera la verdad.

—Sé que José está prisionero en algún sitio. Usted sabe dónde es, o puede al menos darme una pista.

—Lo siento, señor. No tengo costumbre de hablar con desconocidos, que además son bastante impertinentes.

El hombre guardó silencio unos momentos, como si estas palabras le hubieran dejado pensativo. Finalmente, volvió a sonreír.

—Lamento mucho lo de su padre, señorita Stroem.

—¿Eh? ¿Qué significa eso? ¿Quién le ha dicho…?

—Le he dicho que soy su amigo. ¿Por qué no me acompaña? No voy a llevarla fuera de la ciudad, ni siquiera a un domicilio particular. Escoja usted el sitio, donde nadie la conozca y se pueda hablar a solas, sin miedo a interrupciones. Teme que la vigilen, ¿verdad?

Jane asintió con la cabeza,

—Sí… ¿Qué le parece el restaurante de Pinelli? Tienen reservados.

—De acuerdo. Yo bajaré en la próxima estación. Usted hágalo en la siguiente. Un amigo mío, con gafas oscuras de montura blanca, se sentará cerca de usted en el comedor general. Cuando ese hombre se dirija a los reservados, sígale. Será indicio de que nadie la observa a usted.

—Muy bien.

El hombre se levantó sin decir más, aproximándose a la puerta de salida del vagón. Jane, maravillándose aun por la facilidad con que la había convencido, continuó su viaje. La estación del metropolitano donde ella tenía que apearse estaba a pocos pasos del restaurante de Pinelli, indicado por ella misma como uno de los más respetables de la ciudad.

Como el desconocido le indicara, había un hombre joven, que apenas hubo entrado ella, sacó unas gafas de cristales ahumados, jugueteando con ellas un momento. Sin que Jane, tuviera tiempo de sentarse siquiera, se encaminó a un pasillo lateral. La muchacha le siguió sin vacilar hasta una pequeña habitación separada del comedor por una celosía.

Otro hombre, éste de mediana edad, se levantó al entrar ella Sonriendo amistosamente extendió la mano.

—Bienvenida, Jane, Perdona la confianza, pero entre los miembros de la misma cofradía no caben las frases corteses huecas.

—¿Cofradía?—se extrañó—. ¿Qué quiere usted decir, señor…?

—Lewis, Frank Lewis… ¡Pero, siéntate, por favor!

Jane se dejó caer en una silla. ¡Este era el famoso Frank Lewis, el misterioso amigo de José Uriarte!

—No acabo de entenderle, señor Lewis. ¿Qué es lo que quiere usted de mí?

—Me explicaré en las menos palabras posibles. José Uriarte ha contado cómo nos conocimos. No necesito repetirlo. Lo que él no sabe es el motivo de mi interés para con él. Sencillamente consiste en que José es telépata.

—¿Telé… pata?—Jane se inclinó hacia adelante—. ¿Quiere de… cir que es capaz de leer los pensamientos a la gente?

—No… Todavía. Su facultad está apenas en embrión dentro de él. En cualquier momento puede comenzar a manifestarse, bien repentinamente o poco a poco. Yo lo he sabido prácticamente desde toda su vida y aproveché la ocasión que se me presentaba con su accidente para trabar conocimiento con él. Le he controlado desde entonces, siguiendo su vida paso a paso, analizando sus pensamientos, sus reacciones… dispuesto a eliminarle si no llenaba todas las condiciones de un buen telépata, pese a que le quiero como a un hijo.

—¿Eliminarle, dice? ¿Por qué habría de haberlo?

—Tiene una explicación muy sencilla. Un telépata puede hacer mucho daña si dedica su facultad al mal. Sería algo monstruoso. En cambio, si su fondo es bueno puede resultar una bendición para la Sociedad. Debe mantener sus poderes en secreto, no airearlos, no jactarse de ellos. Y para eso ha de ser modesto.

—Es perfectamente comprensible. Pero no acabo de ver claro el por qué ha de ocultar su habilidad… o lo que sea.

—En virtud de una de las leyes más sagradas que existen: la de la supervivencia de la raza. Si el hombre normal descubre la existencia de un telépata, temerá automáticamente caer bajo su dominio. La reacción natural será destruir al tirano en potencia. Pero nosotros no pensamos sino en ayudar a la raza… porque en fin de cuentas todos pertenecemos

a la misma raza pese a las diferencias que puedan separarnos. Y podemos ser una gran ayuda.

—Ha dicho “nosotros”. ¿Es que ustedes también…?

—Y tú misma. Estás en iguales condiciones que José.

—¿Yo también? ¿Cómo lo sabe?

—Sé de ti más que tú misma. Si repasas las conversaciones que has tenido con Uriarte, sabrás una de las respuestas. Lo mismo que él has estado vigilada desde tu infancia. No te hubiera dicho nada aún a no ser preciso. Siempre es preferible dejar que cada cual descubra sus facultades cuando surgen en él. Pero en tu caso no ha habido otra solución. Y a José habrá que decírselo en cuanto tenga ocasión.

—¡Telépata!—murmuraba Jane en voz baja, no acabando de creer lo que había oído—. ¡Soy telépata!

Alzó la cabeza.

—A pesar de lo que ha dicho usted, yo considero que pertenecemos a una raza distinta a los demás seres humanos. Somos una mutación que se separa del tronco común, como en el transcurso de los siglos se han ido separando unas y otras hasta alcanzar la diversidad de seres que habitan en la Tierra.

Lewis asintió solemnemente.

—Exacto. Somos LA NUEVA RAZA. Pero al resto de la Humanidad hemos de considerarles algo así como nuestros hermanos pequeños. Están más indefensos que nosotros, y les debemos proteger en la medida de nuestras fuerzas… No te molestes en intentarlo. No lograrás nada.

Jane había estado haciendo esfuerzos por encontrar alguna manifestación, aunque leve, de la nueva fuerza de que acababa de tener conocimiento. Sin resultado.

—Ya llegará, según dice, usted.

—Sí. Y es posible que no tarde mucho, ahora que lo sabes… Pero vamos a lo nuestro. Tu padre está cautivo en alguna parte. José Uriarte también. El señor Stroem es un rehén que garantiza tu docilidad a las órdenes que te den sus secuestradores. Tú no sabes quiénes son ni dónde están. Te sirve de enlace ese tal Dick Harris que recomendaste a Uriarte.

Jane abrió los ojos asombrada.

—¿Cómo sabe todo eso…?—de pronto se echó a reír—. ¡Claro! ¡Se lo he dicho yo, sin saberlo! —hizo una pausa—. ¡Oiga, Señor Lewis! Supongo que…

—No te molestes en hablar conmigo. Recuerda que sé lo que piensas, Jane. No. Únicamente he obtenido de ti lo que me interesaba. Los pensamientos privados pertenecen a cada cual. Jamás debe penetrarse en ellos a no ser absolutamente imprescindible. La telepatía debe utilizarse únicamente como medio de conversación, no para satisfacer la curiosidad sobre lo que piensan los demás.

—Lo que no acabo de entender es el motivo de que estemos aquí, hablando. Supongo que lo que usted quiere es rescatar a, José y a mi padre…

—Se está trabajando sobre eso. Un grupo dé compañeros están detrás de “tu amigo” Harris. Tal vez dentro de pocos minutos le tengan en sus manos.

—¿Cómo es eso? Hace pocos minutos usted no sabía nada de él, y ahora….

—Te costará acostumbrarte, Jane — sonrió Lewis—. Tenemos un medio de comunicación más rápido, seguro y secreto que cualquier Otro que haya existido jamás. En esta conversación no estamos solos nosotros tres. Y el amigo Miller, aquí presente, pese a su silencio aparente interviene en tanto grado como tú y yo en ella.

* * *

Dick Harris estaba más que satisfecho. Por su mediación, Kahut veía aumentar rápidamente su tesoro de novedades en investigación nuclear. No se trataba de fórmulas o procedimientos sensacionales, que apenas podían esperarse de quienes no habían alcanzado el grado de progreso existente en Próxima Centaurii. Sin embargo, siempre existía un pequeño detalle, un camino de investigación nuevo, capaz de ahorrar mucho trabajo. De estas cositas, en apariencia insignificantes, Kahut estaba obteniendo con su ayuda una buena cantidad.

Aquella tarde había terminado pronto su trabajo. Se metió en un cine, dispuesto a pasar agradablemente algunas horas, pero una extraña sensación, especie de jaqueca, que le acometió apenas hubo tomado asiento, desviaba su atención continuamente de lo que ocurría en la pantalla. Dos hombres se sentaron en las butacas, detrás de la suya, y el malestar aumentó sensiblemente. Sin embargo no se le ocurrió relacionar una cosa con otra.

Harris era demasiado joven para saber lo que le ocurría. En realidad no recordaba nada de su planeta natal, que no tuvo tiempo de conocer, ya que fue arrancado de él cuando aún no contaba un año. Toda su infancia y parte de la juventud las pasó encerrado en una de las naves metálicas que hacían el largo viaje a la Tierra, la única que lo terminó. Se sentía atraído por la física y Kahut le alentó al estudio. Se había convertido en un buen ingeniero nuclear, y ello le sirvió de mucho cuando se trató de introducir un hombre de confianza en la NAC para suplir las deficiencias de Jane Stroem. La muchacha no era ,un servidor demasiado dócil y había que arrancarle las noticias poco menos que a la fuerza y bajo continuas amenazas.

Pero Dick Harris apenas sabía nada de los insignificantes

cuadrúpedos capaces de leer la mente humana, que pululaban en su mundo. Por ello, el toque de atención de su cerebro ante la tentativa de penetrar en él un ser extraño, y el subsiguiente levantamiento de la barrera protectora, lo interpretó en forma distinta a la realidad.

Los dos telépatas se miraron extrañados ante aquella inesperada resistencia. Habían pretendido averiguar sus intenciones para formar un plan y estaban fracasando. Pero eran hombres de recursos. Uno de ellos introdujo la mano en un bolsillo.

Harris se sintió acometido de pronto por una atroz náusea. Sus intestinos parecían querer escapársele del abdomen y le dolían horriblemente. Abrió la boca en busca del aire que le faltaba.

Inmediatamente se sintió cogido por fuertes manos y llevado en volandas a lo largo del pasillo hacia la puerta de entrada. El conserje miró con asombro a aquellos dos hombres que llevaban a un tercero que mostraba todos los síntomas de estar sufriendo atrozmente.

—¡Pronto, por favor! ¿Dónele podemos dejarle? —pidió uno de ellos.

El conserje, mudo por la sorpresa, señaló un pequeño saloncito.

Pero aquello no daba señales de ser una indisposición pasajera. Las muecas de garrís, el sudor que empapaba su frente, eran claros indicios de su gravedad.

—Llevémosle a casa—sugirió uno de los que se fingían amigos del enfermó—: ¿Quiere ayudamos a meterle en mi coche?

El, empleado, que estaba preguntándose lo que ocurriría si aquel hombre llegaba a morirse allí dentro, accedió de buena gana.

Era difícil que un secuestro pudiera llevarse a cabo con mayor limpieza.

CAPITULO IV

LA situación es más grave de lo que pensábamos, amigos—Frank Lewis hablaba, más en beneficio de Jane Stroem que porque hubiera necesidad de ello.

—¿Qué ocurre?—preguntó la muchacha.

—Sencillamente, que debemos dar gracias a Dios por no habérsenos ocurrido acudir a la policía por miedo a que se descubriera nuestro secreto. Este es un asunto que hemos de resolver nosotros solos mientras nos sea posible.

Y apartándose de Harris, agotado por la feroz lucha mantenida para impedir que Lewis leyera en su mente, les explicó brevemente lo que había sabido. La expedición de Kukulkán y luego la de Kahut en seguimiento de aquélla, y el desencanto sufrido por este último al no encontrar lo que buscaba.

—Yo creo que lo qué pretende es una locura, pero tal vez con tiempo y medios suficientes pueda hacerse, al menos en parte. ¡Nada menos que construir varias naves automáticas y enviarlas, llenas de materiales fisibles y conocimientos robados a nosotros,, hasta Próxima Centaurii! Su planeta, al parecer, es relativamente pobre en todos los aspectos, si se le compara con la Tierra. Trata de practicar una sangría en su población fomentando una emigración en masa hasta aquí. Sus superiores conocimientos les permitirían conquistar nuestro mundo con relativa facilidad… para lo que Kahut y sus hombres ya habrían preparado el terreno. Entre otras cosas, quiere cortar nuestras incipientes exploraciones espaciales para que no instalemos bases en los planetas exteriores, que piensa utilizar él como punto de partida… Es, en definitiva, la iniciación de un Imperio estelar con el Sistema del Sol como primera meta.

—¿Y por qué no podemos acudir a la policía? —Jane Stroem, la única persona de la reunión que no participaba en los pensamientos de Lewis, quería saberlo todo.

—Por muchas razones—repuso el telépata—. No podemos exponernos a publicar la existencia de LA NUEVA RAZA, Por otra parte, la policía no nos creería tan fácilmente, dando ocasión a que se produjera la alarma y pudieran desaparecer los centaurianos. Aun en el supuesto de que consiguiéramos su colaboración, sería casi imposible detenerlos a todos: están diseminados por muchas partes y algunos de ellos tienen personalidades nuevas, tan bien cimentadas, que dudo se les

pudiera localizar. Y, por fin, se trata de un problema nuevo: no podemos detenerles como si fueran vulgares espías o atracadores. Mientras vivan serán un enemigo temible. HAY QUE ANIQUILARLES A TODOS, para que dejen de ser un peligro para la Humanidad Terrestre.

Esta última frase sonó en los oídos de Jane Stroem como el trompetazo de un ángel apocalíptico. Tal vez ella no estuviera de acuerdo, era una consigna, demasiado sanguinaria, pero se veía obligada a reconocer que era la única forma de acabar de una vez para siempre con la amenaza de una invasión desde Próxima Centaurii.

Era un pequeño grupo de hombres decididos a todo, los que pocas horas después comenzaban a converger ante la magnífica mansión del millonario inglés Stuart Rawlins, conocido entre los suyos por Kahut. Lewis no había podido agrupar más que diez muchachos, y estaba: totalmente seguro de que allí dentro habrían por lo menos un número igual. Se trataba, simplemente, de un problema de estrategia más qué de emplear la fuerza bruta.

Kahut tuvo noticias, del inminente asalto apenas los telépatas comenzaron a comunicarse entre sí.

—¿Cómo habrán logrado localizarnos?

—No lo sé—contestó Akach—. Lo cierto es que los tenemos ahí fuera. Y tal vez no vengan solos. Es posible que les acompañe la policía.

—Si estuviéramos ciertos de que no nos han denunciado, la mejor solución sería hacerles frente. Un buen tiroteo llamaría la atención de alguien y sería cosa de tiempo el que vinieran en nuestra ayuda. Luego, con denunciar que una partida de pistoleros habían intentado un asalto, solucionábamos el asunto. Pero no sabemos qué pruebas poseen contra nosotros. El hecho de que nos hayan localizado ya hace pensar lo peor. Hay que huir rápidamente.

Pero no era tan fácil el hacerlo como el decirlo.

Apenas el primer centauriano abrió una ventana para tratar de contener a tiros a los invasores, del jardín circundante brotó una salva de disparos. El hombre murió sin llegar a enterarse de dónde estaban ocultos los que, le mataban.

Kahut trató de utilizar el teléfono para llamar a algunos de sus hombres en la vecina ciudad. No pudo hacerlo. La línea estaba cortada.

Entretanto, Lewis estaba impaciente por terminar. Se le había ocurrido lo mismo que a Kahut: alguien podría oír los disparos y llamar a la policía.

Se deslizó por el suelo hasta quedar bajo las sombras de un árbol, separado apenas de la casa por un espacio despejado de tres o cuatro metros. Sus ojos escrutaron las oscuras ventanas de los alrededores en busca de algún oculto tirador. Estaban todas cerradas, excepto la que caía enfrente de él mismo.

Sus hombres, advertidos de sus intenciones, arreciaron en los disparos para mantener la atención de los cercados. Otros iniciaron maniobras semejantes.

Lewis vio cómo un muchacho iniciaba la carrera para resguardarse bajo el soportal. Antes de llegar allí tropezó con un invisible obstáculo, quedando tendido.

—No es nada—aseguró en su silencioso lenguaje—. Apenas un rasguño en la cadera.

Pero instantáneamente cesó de transmitir. Otro tirador, o posiblemente el mismo que le derribara, había probado su puntería con la yacente figura. Un certero proyectil se había alojado en el cráneo del infortunado.

Rechinando los dientes, Lewis tomó impulso. Su carrera le llevó directamente bajo la ventana que era su objetivo. La misma- inercia, de la velocidad le ayudó a saltar al interior de la casa… cayendo sobre un centauriano que se disponía a asomar.

Los cráneos, de ambos chocaron con ruido sordo. Lewis atrapó la mano armada del otro, retorciéndosela hasta obligarle a soltar la pistola, al tiempo que arriesgando ser mordido, le tapaba la boca con el hombro para impedirle dar la alarma.

Llevaba una ligera desventaja en el hecho de tener que estar pendiente de que el centauriano no pudiera gritar. Recibió profesión de coces, puñetazos y algunos mordiscos, pero sin soltar su presa. Un violento rodillazo, en el bajo vientre, le hizo encogerse, creyendo por un momento que iba a perder el sentido, pero con un esfuerzo se irguió, dispuesto a acabar de una vez. Su mano cayó de canto sobre la tráquea de su adversario.

Un escalofriante gorgeo, seguido de un leve estremecimiento de los pies, y el hombre quedó inmóvil… para siempre.

—A cambio de Bill… — jadeó — y pierdo en el trueque.

Tomando la pistola de su víctima en una mano, empuñó la suya con la otra, dispuesto a descargar un huracán de fuego sobre el primero que apareciese ante él. Maldecía en voz baja de aquella facultad que tenían sus enemigos para impedir fueran captados sus pensamientos, con lo que no podía fiarse sino de sus sentidos normales para localizar el peligro.

Una voz pronunció una frase con suficiente energía para ser oída en toda la casa. Utilizaban un intrincado idioma que Lewis no podía entender, pero su entonación daba a entender que se trataba de algo urgente.

Frank tuvo que pegarse a la pared al oír un ligero rumor casi a su lado. Un hombre salió de una habitación y, a tientas en la oscuridad, comenzó a alejarse hacia donde había sonado la voz.

No caminó mucho antes de que algo cayera sobre sus espaldas. La

culata de una pistola practicó un profundo corte en su cuero cabelludo, pero el golpe, demasiado sesgado, no logró el efecto que deseaba Lewis. El hombre se revolvió como una fiera, dando fuertes gritos de alarma.

—Todo perdido—pensó el telépata—. Dentro de un segundo tendré encima a un regimiento.

Pero para su sorpresa, aquel individuo no pensaba demasiado en luchar. Todos sus esfuerzos parecían estar encaminados a zafarse y huir. Lo consiguió a medias. Frank estaba más agotado de lo que creía por ,1a pelea sostenida segundos antes, y el centauriano apenas tuvo mucha dificultad en conectar un fuerte puñetazo en su boca. Cayó de espaldas, sintiendo cómo de su magullado labio superior comenzaba a fluir la sangre.

Tumbado en el suelo hizo un solo disparo sobre el[1] que huía. Más por, casualidad que porque fuera un experto tirador, le acertó en medio de los omoplatos.

En aquél momento se recrudecía el tiroteo. Varios motores comenzaron a funcionar y Lewis captó el mensaje que transmitían sus compañeros. Tres automóviles, cargados de hombres, trataban de romper el cerco.

Se asomó a la ventana que sirviera, de baluarte a su última víctima, y lo hizo a tiempo para descargar su pistola sobre el último coche antes de que desapareciera tras los, árboles.

Nuevamente la casualidad intervino en su ayuda haciendo que uno de los proyectiles sé alojara en una rueda. Se produjo una explosión a la vez que el vehículo tomaba la curva a toda velocidad. El vuelco fue aparatoso, concluyendo contra un corpulento árbol luego de tres o cuatro vueltas de campana. Dejando para sus compañeros el terminar con los tripulantes del coche, volcado, si quedaba alguno con ganas de pelea, Lewis, seguro de .que en la casa no quedaba nadie, se lanzó a recorrerla de arriba a abajo. Estaba intranquilo porque, pese a sus esfuerzos, no, lograba percibir las ondas mentales de Uriarte.

Sin embargo estaba allí. Los centauríanos, por el motivo que fuere no habían intentado siquiera el llevarle consigo. Lewis, luego de abrir varias puertas, llegó hasta, una atrancada por fuera. Fue cuestión de pocos segundos el abrirse paso, temiendo encontrar un cadáver.

Solamente estaba sin sentido, dopado o enfermo, pero vivo. Tomándole en brazos, con esfuerzo le sacó afuera.

El tiroteo continuaba entre los hombres de Lewis y los cuatro o cinco tripulantes del coche volcado. Tanto unos como otros no daban ni pedían cuartel.

El refuerzo de Frank Lewis, al incorporarse a la batalla, fue decisivo. Uno tras otro iban cayendo, y si alguien hubiera podido ver de cerca lo que los demás hacían cuando uno de ellos quedaba herido, se habría

horrorizado, pues el compañero más cercano le descerrajaba un tiro en la nuca para asegurarse de que nadie caería vivo- en manos de los telépatas o la policía.

Cuando quedó uno solo, miró de uno a otro lado con desesperación, exhibiendo los perfectos dientes en gesto lobuno. No era su vida lo que le, importaba sino el hecho de que su cuerpo, como los de sus compañeros, iba a caer en manos de estos despreciables terráqueos.

Y él no podía evitarlo… ¿O sí que podía?

Tal vez no consiguiera nada, pero no sería por no intentarlo.

El depósito de gasolina había sido agujereado por varios disparos, y el combustible formaba un amplio 'charco nauseabundo alrededor del, automóvil aplastado contra el árbol, amenazando con incendiarse a cada fogonazo.

El último de los centaurianos sacó una caja de cerillas, y encendiendo una de ellas la arrojó en medio de la gasolina.

El fósforo se apagó con un chisporroteo antes de prender. El segundo siguió la misma suerte.

—¡Mirad!—gritó asombrado uno de sus enemigos—. ¡Está echando cerillas al suelo! ¡Quiere asarse vivo!

—¡Hay algo en ese coche que le importa más que su propia vida!—transmitió Lewis—. ¡Fuego con él, muchachos! ¡Que no lo consiga!

Instintivamente, el centauriano se encogió al caer sobre él una granizada de proyectiles. Uno le destrozó una rodilla. Otro se hincó profundamente en su costado, haciendo brotar un caño de sangre por su boca.

Con los ojos desorbitados por el terror trató de alcanzar un algodón empapado en grasa de junto al asiento del conductor. Las debilitadas manos arañaron a pocos milímetros de su presa. Otro pedazo de ardiente plomo se le introdujo en la espalda.

Reuniendo las últimas energías vació las cerillas de golpe en su mano. Encendió una de ellas, aplicándola a las demás; que prendieron rápidamente.

No sintió en absoluto las quemaduras al asomarse con su mano convertida en una antorcha, volcándola sobre la empapada tierra… Grandes llamaradas rodearon inmediatamente el destrozado automóvil.

Y el centauriano reía, ahogándose en su, propia sangre, mientras el fuego consumía sus cabellos, sus ropas. Con la calma del que quiere hacer bien las cosas aplicó el cañón de su pistola a la sien, y oprimió el gatillo…

Era inútil intentar siquiera aproximarse a más de diez metros de la colosal, pira en que se había convertido el automóvil y el árbol en que estaba incrustado. Lewis lo comprendió así.

—Hay que salir a toda marcha. Aquí no nos queda nada más que

hacer.

Jane le retuvo por el brazo. Había estado esperando en los automóviles que los trajeran allí y ahora, terminada la batalla, no pudo resistir por más tiempo la ansiedad que la dominaba.

—¿Han encontrado a mi padre? ¿Estaba en la casa?

Frank luchó una fracción de segundo entre el instinto de seguridad- que le impulsaba a alejarse lo más rápidamente posible, y la innata nobleza de su corazón. Venció esta última,

—Coged a José entre vosotros dos—ordenó. Los aludidos obedecieron—. Tú, Miller, te apostarás más allá de la curva de la carretera. Avisa si ves que se acerca un grupo de coches. De tratarse de la policía no vendrán en uno solo. Puedes perderte con facilidad entre la arboleda.

"Yo registraré de nuevo la casa, acompañado de Guy. Los demás largaos hacia el Norte, saliendo de la carretera principal por el primer desvío que encontréis. Dispersaos tan pronto sea posible.

—No tiene esperanzas de encontrar a papá, ¿verdad?—Jane lo entendía así por el hecho de que no se reservara ningún vehículo. Era presumible que el viejo lio estuviera en condiciones de caminar mucho por sus propios medios, y dos o tres hombres, aunque vigorosos, se verían en serios apuros para transportarle.

—Francamente…, no he percibido ninguna presencia en la casa. Eso —sonrió alentadoramente—no prejuzga nada. A José tampoco le localizaba a causa de estar sin sentido. Si estuviera cierto de que el señor Stroem no permanece ahí dentro no perdería el tiempo en buscarle. Y si le hallamos… no será demasiado difícil ocultarle en cualquier parte por los alrededores. Un coche solo no llamará la atención cuando venga a recogernos. Dio media vuelta y, seguido por el llamado Guy, bajó hasta el sótano donde estuviera encerrado Uriarte. No tuvieron que buscar mucho para encontrar al otro prisionero. Míster Stroem estaba en otro departamento casi contiguo, que Lewis ni siquiera había notado antes, puesto que no se había preocupado en investigar una vez hubo dado con el joven.

El padre de Jane estaba, al parecer, en bastante mal estado. Sin embargo no podía asegurarse nada, puesto que su inconsciencia se debía posiblemente a alguna droga.

—Hay que sacarle de aquí. Ayúdame, Guy. Hicieron servir como camilla el ligero camastro en que yacía el viejo. Y apenas, terminaban Ja maniobra de sacarlo dé la habitación, llegó la alarma de Miller.

—Desaparece de ahí—le ordenó Lewis mientras comenzaban a subir las empinadas escaleras—Da la vuelta a la casa e indícanos el camino. Ya salimos.

Desde luego, Miller estaba tan enterado como ellos mismos de que

habían encontrado a Stroem. No hacían falta más explicaciones para que el telépata supiera que sus, compañeros deseaban una ruta despejada para alejarse con rapidez y sin demasiado riesgo de ser descubiertos.

Salieron por la trasera del edificio. Para entonces tres coches repletos de policías he habían detenido a poca distancia del automóvil incendiado y trataban de extinguir el fuego por todos los medios.

Los telépatas no fueron molestados ya que lo que menos podían figurarse los policías era que al cabo de tanto rato aún quedaran algunos de los protagonistas de la batalla recorriendo el teatro de su hazaña.

Dos horas después Charles Stroem era atendido debidamente, en casa de su hija. En la habitación vecina, José Uriarte se recuperaba con relativa facilidad.

Al abrir los ojos se encontró rodeado de rostros desconocidos'. Uno de los hombres tenía cierto aire familiar, pero no pudo localizarle en sus recuerdos. La cabeza le dolía horriblemente y le molestaba la luz.

Una voz conocida llegó hasta sus oídos.

—¿Se recupera?

Fue como un clarín. En tropel acudieron los recuerdos y clavó la mirada en la persona que había hablado. Acababa de entrar.

—¿Satisfecha, Jane?—preguntó con voz estropajosa. Le dolía la traición de la muchacha, entregándole a los que querían robarle sus trabajos que tanto le habían costado.

—¡Oh, ha hablado!—estalló gozosa. Se inclinó sobre él—. ¿Cómo te encuentras, José?

Uriarte volvió la cabeza despectivamente

—Todo lo bien que me permiten tus jugarretas… ¡bruja!

—¿Mis…?—se volvió desolada hacia Lewis—. ¿Qué significa eso? ¿Por qué me insulta?

—Cree que le traicionaste, Jane. Compréndelo. Desde su punto de vista, y por lo que sabe, tiene razón. Anda, vuelve con tu padre. Yo me encargo de sacarle de su error.

CAPITULO V

—¿DÓNDE encontró eso, Carroll?

El coronel afectaba indiferencia mientras procedía a encender un grueso cigarro, dándole vueltas con lentitud.

—¿A qué se refiere, Doc? ¿A esos “pollos asados”?

—Ya sabe usted que sí. Acabo de hacerles la autopsia y le he hecho venir corriendo.

—No; habrá descubierto que murieron de un ataque cardíaco, ¿verdad?—bromeó el jefe de policía. El galeno sonrió negativamente—. Anoche hubo una llamada telefónica diciendo que en la finca de Rawlins, ese inglés qué vino hace un año, se estaba dando una edición de bolsillo de la batalla de Guadalcanal. Salimos disparados y por el camino encontré al propio Rawlins que venía como si se le estuviera quemando la cola. Por lo que me ha dicho esta mañana, no llegó a entrar en la casa: había estado fuera un par de días y al llegar se encontró, en medio de los fuegos artificiales. Dice que no tiene idea de quiénes eran o qué buscaban allí los que estaban corriendo la pólvora.

Dice usted que esta mañana… Anoche debía es estar demasiado asustado para hablar.

—Así es —convino Carroll—. Y para mí, que con motivos. Convenga usted, Doc, que llegar uno a su casa, cansado de un largo viaje y con la intención de tumbarse en la mejor cama del mundo, y encontrar a cambio que está convertida en un campo de Agramante, es para destemplar los nervios de una locomotora… Pues, como le decía: naturalmente que nosotros no encontramos a nadie… vivo. Un coche ardiendo, con cinco cadáveres achicharrados y más llenos de plomo que una moneda de oro falsa, y otros dos fulanos despanzurrados dentro de la casa. Había sangre en los alrededores, indicando que algún otro resultó tocado.

—Debió ser una batalla en toda regla, ¿eh?—musitó el forense.

—¡Y tanto! Pero también encontramos algo bastante raro. A mí me causó la impresión de que los del coche habían preferido morir antes que dejarse coger… si es que se pretendía eso. El incendio lo provocaron ellos mismos, porque 'pudimos encontrar varias cerillas que así lo indican. Además, uno empuñaba la pistola en forma que daba a entender que su última acción había sido pegarse un tiro en la cabeza. ¡No me lo explico!

—Yo sí.

—No me diga que alguno de ellos ha resucitado y ha tenido una charla amistosa con usted.

—Casi, casi. En lugar de ellos tal vez yo hubiera hecho lo mismo,

—Pero ¡por cien mil pares de demonios!—el policía comenzaba a impacientarse por la cachaza del doctor—. ¿Quiere hacer el favor de decirme de una vez lo que ha descubierto?

—Ninguno de esos cadáveres pertenece a americanos. Los del coche están demasiado destrozados para que pueda sacarse mucho en claro de ellos. Pero los de dentro de la casa se encontraban en muy buenas condiciones cuando me los trajeron aquí. He podido estudiarlos perfectamente.

—¿Son extranjeros, entonces?

—Sí… pero de más lejos de lo que usted pueda suponer. No creo que hayan nacido siquiera en la Tierra.

Carroll quedó boquiabierto. Luego soltó una risita.

—¡Vamos, doctor! ¡Me lo ha hecho creer por un momento!

—Pues vaya haciéndose a la idea. No conozco ninguna raza humana que tenga esa forma peculiar de cráneo y solamente seis vértebras cervicales. Hay otros detalles menos relevantes que aún no he analizado con detenimiento: por ejemplo, todos carecen de vello en el rostro.

—No me convence—afirmó con no demasiada seguridad el policía—. ¿A santo de qué iban a liarse a tiros, aquí precisamente, unos marcianos, o lo que sean?

—Eso es cuenta suya—el doctor se lavó imaginariamente las manos —. Yo solamente he querido adelantarle eso. Si no tiene inconveniente seguiré trabajando con .ellos.

—Hágales lo que quiera, Doc… y téngame al corriente.

Fue a salir del despacho del doctor, maldiciendo en voz baja de las complicaciones que le proporcionaba el antes tan deseado cargo. En aquel momento no hubiera vacilado un segundo en poner la chapa a disposición del primero que llegase.

Y con la última maldición en la boca se quedó. Al abrir la puerta, lo primero que vieron sus ojos en la semioscuridad del resto de la casa fue el negro cañón de una pistola que le apuntaba directamente al estómago.

—¿Qué… qué desean ustedes?

El médico escuchó un débil estampido. La estancia se llenó de humo y el cuerpo del jefe de policía cayó lentamente, empuñando aún la manivela de la puerta, como si quisiera apoyarse en ella. No tuvo necesidad de echarle un segundo vistazo desde donde estaba para tener la seguridad de que estaba muerto.

El que había disparado no estaba solo. Varios hombres más, el viejo no pudo contarlos en su azoramiento, dejaban ver sus siluetas tras él..

—Acompáñenos, doctor—el de la pistola hizo un gesto con el arma, como invitándole a salir del despacho.

—¿A… a dónde?

—Al lugar donde están los hombres que le han traído esta mañana.

Les precedió hasta su pequeño laboratorio. Al encender la luz pudieron verse seis bultos alineados en el suelo a lo largo de una pared. El séptimo reposaba sobre una mesita metálica con tablero de vidrio. Todos estaban cubiertos con sábanas.

—¿Ha hecho la autopsia a esos hombres?

Solamente con levantar las sábanas iban a comprobarlo. Asintió con la cabeza.

—No a todos. Me ha faltado tiempo.

—Entonces habrá observado algo anormal en ellos…

—No… no, señor. Es… es imposible… Casi no, se puede reconocer seres humanos en ellos. Están totalmente destrozados. Precisamente ahora iba a continuar trabajando.

—¿Qué hacía ese hombre con usted? ¿Era el jefe de policía, verdad?

—Sí. Ha venido… a tomar una copa conmigo… Todas las noches lo hace,

—¿No le ha hablado de lo que ha visto en… ellos?

Su tono ominoso acentuó aún más el pánico del doctor. Sin embargo logró dar a su voz cierta firmeza al contestar:

—¡Jamás lo hago, señor! ¡Yo no suelo comentar con nadie mi trabajo, salvo cuando se requiere mi testimonio en juicio! Me limito a redactar un informe por escrito, que entrego al Fiscal del Distrito.

—Dice que no ha terminado las autopsias. Entonces, ese informe aún no lo ha hecho.

Sus palabras parecían mezcla de pregunta y afirmación. El viejo inclinó la cabeza, asintiendo.

—¿Y no tiene notas por ninguna parte…, nada que haga referencia a este asunto?

—Nunca tomo notas.

—Perfectamente, doctor. Nos los llevamos.

—¿Por qué? No tienen ningún derecho…

—Este—exhibió la pistola—. ¡Vamos, muchachos! Cargad con ellos.

Tos hombres obedecieron. Solo entonces se percató el forense de su número al ver que, llevando un cadáver cada dos de ellos, sacaban en el primer viaje tres de los bultos.

El de la pistola habló en son de disculpa, como lamentando versé obligado a hacer aquello:

—Pertenecemos a una, religión… o mejor dicho, a una secta creada recientemente. Nuestras creencias nos obligan a recibir sepultura en

determinado cementerio—mientras hablaba, el doctor había ido serenándose. Pensaba que el hombre no tenía intención de matarle cuando le daba tales explicaciones, y que si no hacía gesto alguno amenazador, se marcharían sin hacerle daño. Los hombres terminaron de llevarse los cuerpos que quedaban—. Gracias, doctor; ha sido muy amable con nosotros.

Fríamente oprimió el disparador de su arma. El tiro sonó como un blando “flop” que aperáis hubiera podido oírse fuera de la habitación, pero el viejo forense no habría sido capaz de percibirlo aunque sonara como un cañonazo. El proyectil le había matado instantáneamente.

El hombre desmontó el tubo brillante del silenciador, guardándolo en un bolsillo. Reintegró el arma a una funda bajo el brazo y salió con la misma tranquilidad que si acabara de tener una amistosa entrevista con algún conocido en lugar de cometer dos asesinatos.

El ruido de los motores de los dos coches que los habían traído, se perdió en la distancia.

* * *

Doug estaba francamente alegre. Convencido de que por sus buenos oficios había sido posible, un entendimiento entre Jane Stroem y José Uriarte, dos de sus clientes a quienes más simpatía profesaba, no apartaba su vista de ellos.

Se había asignado el papel de hada madrina de la pareja.

Mientras comían, José no apartaba la vista de los ojos de Jane, salvo para posarla circunstancialmente y de un modo fugaz sobre otro hombre que ocupaba una mesa vecina a la de ellos.

—¿Cómo está tu padre?

—Bastante mal. Físicamente está casi recuperado, pero su mente no parece coordinar bien. Ayer estuvo Lewis a verle. Trató de sondear un poco en su subconsciente por si podía obtener alguna noticia acerca de sus raptores, y el pobre viejo se vio acometido de un ataque de nervios. Lloraba, quería golpearse la cabeza contra las paredes… Frank cree que le han sometido a alguna tortura sicológica, quizá drogas para debilitar su voluntad, y que temporalmente ha adquirido una extraordinaria sensibilidad a las ondas telepáticas que le pone frenético. Dijo que incluso es posible que los centaurianos posean algún procedimiento mecánico para leer el pensamiento y que lo hayan usado con demasiada intensidad en papá.

—Miller—Uriarte señaló a su vecino de mesa, aunque disimuladamente—no cesa en su entrenamiento ni a la hora de comer.

—Ya lo he notado—sonrió Jane—. No nos deja en paz ni un instante. ¿Lo sientes con mucha intensidad?

—Casi no me doy cuenta ya. Creo que me cierro bastante bien.

Miller hizo un casi imperceptible gesto de afirmación, como corroborando sus palabras.

—Por lo menos ya hemos adelantado algo. No pueden penetrar en nosotros si no se lo permitimos.

—Es un paso lógico. ¿Imaginas lo difícil que se haría la vida entre telépatas si no hubiera algún procedimiento para cerrar nuestras mentes a un escrutinio desordenado? El ser humano es incapaz de no tener secretos.

—Sí. Ya me explicó Frank que normalmente su comunicación es superficial, como cuando nosotros hablamos. Pueden incluso mentirse, aunque es más difícil, ya que la nota falsa se percibe con relativa sencillez. Sin embargo, en un momento dado, pueden abrir por completo sus mentes y transmitirse un larguísimo mensaje con profusión de detalles, tal como está grabado en sus cerebros. Todo ello en una milésima de segundo.

Salieron. Miller permaneció indiferente, viéndoles aproximarse a la puerta.

—Hasta luego, Miller—saludó Uriarte. Sabía que Jane no le oiría, pero sí el destinatario de la despedida.

—Cuidaos, muchachos —respondió Miller. José dio un respingo y se quedó mirando al telépata, sorprendido de que contestara en voz alta. Lo convenido era que actuasen como si no se conocieran.

—¿Por qué has hecho eso?—parecía preguntarle con su mirada. Y dé hecho lo estaba haciendo. Miller, con cara de asombro, se percató de lo que ocurría.

—¿Me has oído?

Y ahora le correspondió a Uriarte el turno dé asombrarse. Porque Miller no había abierto la boca, y él, sin embargo, escuchó su pregunta… ¡mental! ¡Comenzaban a despertar sus poderes!

—Perfectamente, Miller. Como si hablaras—estaba profundamente excitado. El otro telépata, más veterano, mantenía un rostro inexpresivo.

—¿Captas a Jane?

—No—repuso, dándose cuenta ahora de ello. El desaliento comenzó a invadirle.

—Dentro de pocos momentos es posible que lo hagas. No le digas nada a ella y sigue caminando como si no pasara nada. Quiero probar si a cierta distancia, nos perdemos.

—¿Qué te ocurre, José?—preguntó Jane, sorprendida de aquella repentina detención.

—No… nada— fingió cojear durante unos momentos—. Debo tener algún clavo en el zapato.

El contacto con Miller seguía perfecto cuando minutos después

penetraba en la sección que dirigía en la NAC.

—Trata de ponerte en contacto con Frank—recomendó el telépata—. Yo ya lo he hecho y te espera.

Fue algo dificultoso, pero finalmente lo consiguió.

—¿Se sabe algo sobre el asesinato del jefe de policía y del coronel?—preguntó, luego de las naturales expresiones de alegría.

—No. Yo supongo que retiraron los cadáveres para evitar que se descubriera alguna anomalía fisiológica en ellos con respecto a los terrestres: Como los dos estaban enterados, les eliminaron también.

—Es bastante plausible— reconoció Uriarte—. ¿Hay algún rastro?

—Ninguno… para la policía. Nosotros tenemos uno formidable.

—¿Cuál es?

—Rawlins. Ha vuelto a su casa, posiblemente esperando que le ataquemos… o para estar cerca de nosotros. Sabe que somos un peligro para él y con toda seguridad que tratará de eliminarnos por todos los medios.

—Pero, ¿tú piensas volver a su casa? La tendrá convertida en una fortaleza, con seguridad.

—De eso estoy segurísimo. Además, para procurarse la protección de, la policía ha denunciado que le ha desaparecido parte de su colección de libros antiguos, y teme que los asaltantes vuelvan a por el resto. Aquello está de uniformes que nadie puede acercarse a menos de un kilómetro de la casa.

—Pero su posición es bastante falsa…

—Por eso mismo creo que tiene planes. Hemos de vigilarle estrechamente, como sea, para evitar que desaparezca sin dejar huellas. Es muy posible que su objetivo más inmediato sea apoderarse de alguien de nosotros… posiblemente tu o Jane, ya que sois tos únicos que conoce, al menos que yo sepa. Debéis cuidaros, pero yo además reforzaré la vigilancia a vuestro alrededor. ¿Por qué no os casáis?

José quedó estupefacto.

—¿Casarnos? ¿Ahora? No hemos hablado de nada de eso, y no veo tampoco a qué viene…

Estaba seguro de que Frank reía con toda su alma.

—¡Porque así podría vigilaros a los dos a un tiempo, hombre!

—¿No puedes hablar en serio?

—Sí, puedo. Y té voy a decir algo. Es un consejo que me interesa tengas en cuenta para determinados casos; Tú y Jane debéis seguirlo…

* * *

Charles Stroem paseó su escrutadora mirada desde la cabeza hasta

los pies del joven alto, moreno, de aspecto viril, que se presentaba por primera vez ante él.

—¿Uriarte?—José asintió con la cabeza. El viejo hablaba con voz vacilante, como esforzándose—. No me gusta el apellido. Tú, sí. ¿Ruso?

—¡Por Dios, papá! ¡Americano, de padres españoles!—intervino su hija—. Antes te dabas bastante maña para identificar la nacionalidad de los apellidos. Casi nunca errabas.

—Tienes razón, hija, Esta cabeza mía ya no es la que era—sin embargo quiso buscar una excusa para su desliz—, ¡Yo siempre he oído decir que los rusos son altos y morenos! Los españoles, en cambio, suelen ser más bien de estatura regular, tirando a bajos.

—Se dan excepciones—observó José, cortésmente.

Hubo una pausa. Stroem, cómodamente reclinado en una otomana, trataba de montar una torre de naipes sobre el tablero que le cubría las piernas. Era casi su única distracción estos días.

Viéndole desentendido de ellos, los dos jóvenes trataron de desaparecer. Stroem se les quedó mirando con cólera.

—¿Quién os ha mandado iros? ¿No podéis hacerme compañía un rato?—tronó.

Jane retuvo a José por la mano.

—Hagámosle caso. Se siente muy solo y cree que todos le rehuimos.

El silencio comenzaba a hacerse embarazoso. Stroem no parecía tener intención de conversar con Uriarte o su hija. De vez en cuando les dirigía fieras miradas para asegurarse de que no se le escapaban.

—¿Qué noticias hay, José?—la muchacha había hablado en voz; baja, pero no lo suficiente para que su padre dejara de captar el rumor de sus palabras. Instantáneamente los apuntó con el dedo, acusadoramente.

—¿No podéis hablar más alto?—había mordacidad en su voz—. ¡Creo que tengo' derecho a enterarme de lo que habla mi hija!

La joven se encogió de hombros resignadamente.

—Bien, papá. Creí que no querías que te molestáramos.

Viendo que tan pronto cesó de hablar parecía haber perdido todo interés por ellos, Jane repitió su pregunta,

—Poco nuevo—sonrió Uriarte—. Hay algunas pistas muy vagas, que no sabemos si conducirán a alguna parte. A las siete nos reunimos en mi oficina de la NAC. Frank quiere hacer un pequeño experimento de concentración de pensamiento, para tratar de localizar a distancia a determinadas personas. Cree que si varios telépatas reúnen sus mentes pueden actuar como si fueran uno solo, pero con el natural incremento de poder.

—Y tú, ¿qué tienes que ver en eso? No creo que cuenten contigo para ello.

Jane aún no había sido enterada de que Uriarte podía comunicarse a distancia con sus compañeros.

—Desde luego que cuentan. Se trata de ponernos en contacto con ese Rawlins que es quien parece dirigir todo el tinglado. Sabes que yo soy el único que ha estado en contacto directo con él, y canalizarán su fuerza a través de mí. Además, una reunión de hombres en mi departamento sin mi presencia, podría dar lugar a sospechas por parte de los empleados.

—¿Puedo ir yo también?

—No creo que haya inconveniente. Sin embargo creo que no debes hacerlo. Alguien ha de quedarse aquí con tu padre. Los muchachos que vigilan esto también se irán. Ya sabes que Frank o Miller están en continuo contacto contigo y acudiríamos inmediatamente si ocurriera algo.

A regañadientes, Jane accedió a no tomar parte en la reunión. Uriarte se levantó, consultando su reloj.

—He de irme. Tengo algunas cosas que hacer.

Stroem contestó a su frase de despedida con un hosco gruñido. Minutos después, Uriarte estaba en la calle.

CAPITULO VI

EL experimento ha sido un fracaso, amigos.

Los doce hombres que componían el grupo se miraron desolados. Estaban pálidos y sudorosos por el esfuerzo y en aquel momento hubieran sido casi incapaces de mantener una conversación telepática entre ellos.

¡Y sin ningún resultado!

—¡Tiene que haber fallado algo!—aseguró Lewis. Estaba convencido dé la exactitud de sus teorías y no toleraba la desilusión.

—Tal vez…—sugirió Uriarte, el más moderno recluta del grupo la causa sea esa resistencia especial que dices poseen los centaurianos. Sumada a la distancia…

—No. Estoy seguro que ha de ser otra la motivación. Sé muy bien hasta dónde puede alcanzar esa coraza; la rompí con facilidad al tratar con Harris. Solamente un telépata puede desarrollar una defensa efectiva contra otro.

—¿Pretendes insinuar que él lo es?—preguntó José incrédulo—. Hace pocos días, desde luego que no…

—No es eso. Me refiero concretamente a otros medios que pueden poseer. Recuerda lo que la han hecho a Stroem.

—Tal vez—miró fijamente el cigarrillo que Lewis sostenía entre sus dedos. Se quemaba con lentitud y su propietario parecía haberlo olvidado. Deseó que absorbiera un poco de humo. ¡Lewis tenía una forma especial de expulsarlo luego por la nariz! Sin embargo solamente lo hacía al saborear el tabaco. Lamentó que estuviera distraído con otras cosas. Seguramente no lo haría, ahora.

De un modo puramente automático, Frank levantó la mano hasta sus labios. El humo salió alternativamente por un orificio y otro de sus narices, formando dos sucesiones de finas rayas. Luego un pequeño aro fue expulsado por la boca, yendo a aplastarse sobre el tablero de la mesa.

Lewis miró con asombro el cigarrillo como si se diera cuenta entonces de que lo tenía. De dos furiosas chupadas lo agotó, envolviéndose en una espesa neblina. Finalmente aplastó la colilla en el cenicero que tenía ante sí.

—¡Vámonos!—dijo levantándose. Todos le imitaron excepto Uriarte—. ¿No vienes?

—No. Aún no. Tengo, que despachar dos o tres cartas. Si queréis

esperar vosotros también—agregó dirigiéndose a los dos que hacían guardia en la casa de Stroem—luego os llevaré.

—Estamos faltando ya mucho rato—trató de excusarse uno de ellos—. Puede ocurrir algo…

—No hay cuidado. Acabo de establecer contacto con Jane y no hay novedad allí.

—¿Te lo ha dicho ella?—preguntó Lewis.

—No, desde luego—rió Uriarte—. Aún no puede.

—¿Y cómo te las has arreglado para alcanzarla tú? Porque yo lo he intentado inútilmente.

—Quizá no estoy tan cansado como vosotros…

—Siendo así, podemos quedarnos un rato más—sugirió otro—. No nos reunimos todos los días.

—Como queráis. Ahí tenéis licores—Uriarte señaló un pequeño mueble en un rincón—. Yo vuelvo enseguida.

—Yo no puedo esperar—insistió Lewis—. Magda me espera.

Magda era su mujer. Había permanecido en San Joaquín y ahora Frank pensaba pasar un par de días con ella, aprovechando la aparente tranquilidad.

—Te acompaño, Frank—un joven se aproximó a la puerta junto a la que esperaba Lewis—. Me puedes dejar en casa.

Salieron. Miller se aproximó al mueble indicado por Uriarte y observó su contenido, vacilando en su elección.

—No tienes nada de bueno aquí, muchacho—dijo burlonamente.

—Nadie tiene la culpa de que no sepas distinguir un buen whisky escocés, legítimo, de un vaso de leche—fue la respuesta que obtuvo—Sí… ¡corred! ¡Frank ha tenido un accidente!

Le siguieron afuera, sin dudar ni un segundo de la exactitud de lo que decía. Miller pulsó frenéticamente el botón de llamada del ascensor.

—¡Bajad por la escalera! ¡Ellos están dentro del ascensor precisamente! ¡Se ha roto el cable!

Eran solamente cinco pisos, y el grupo descendió atropelladamente. Uriarte se quedó rezagado hasta detenerse, mientras los otros continuaban.

Era inútil, lo sabía. Frank no necesitaba ayuda alguna. Ni tampoco su compañero. Ambos estaban muertos.

Poseído de una terrible determinación, Uriarte se mantuvo inmóvil durante largos minutos. Su poderoso cerebro funcionaba a plena potencia, escrutando las mentes de todos los ocupantes del grandioso edificio. Nadie escapaba, ni siquiera sus compañeros. Barreras mentales potentísimas se derretían como mantequilla ante la fuerza perforadora de las ondas telepáticas de Uriarte. Él no se daba cuenta de estar realizando una hazaña jamás igualada por Frank Lewis, el más fuerte del

grupo. Pero ya comenzaba a sentirse el superhombre que dejaría atrás a los simples telépatas que le estaban ayudando.

Y localizó al criminal. Sabía que tenía que haberlo. Era un hombrecillo insignificante, cobarde, capaz de cortar los cables de un ascensor en el momento oportuno, luego de haber atascado los frenos automáticos para impedir que funcionasen. Pero jamás se hubiera atrevido a cometer un asesinato cara a cara, o por la espalda, valiéndose de un arma.

Salió a su encuentro. Le sabía armado y que no vacilaría en disparar si no tenía otro remedio; pero ello no alteró su resolución en lo más mínimo. No era un criminal cualquiera.. ¡Era el asesino de Frank Lewis! Y ese crimen era el más horrendo que podía cometerse. Precisaba matarle con sus propias manos… a su manera.

Uriarte estaba loco. Lo sabía, y se alegraba de estarlo en estos momentos. En su sano juicio no se le hubiera ocurrido despedazar, reducir a pulpa a un ser humano. Pero ¡había matado a Lew!

Él hombrecillo se escurría, relativamente seguro de que no iban a localizarle. Era un empleado de la casa. ¿Quién iba a sospechar que él hubiera dado muerte al señor Uriarte, de quien todos sabían era el propietario prácticamente de la Compañía? Se metió en su cubículo del décimo piso y tomó tranquilamente una novela. Su misión consistía precisamente en esto. Esperar a que alguno de los escasos visitantes le preguntara por la situación de éste o aquel departamento, para indicárselo o acompañarles.

Debía estar tranquilo. Tenía una razonable seguridad de que nadie le había visto penetrar en la cabina de motores ni regresar. Oficialmente no se había movido de su sitio.

Sin embargo un yago sentimiento de desazón comenzó a embargarle. ¿Estaba seguro de haber pasado desapercibido? Y la duda se convertía en convencimiento de que algo había ido mal. Había mucha gente en el edificio. Alguien podía haberle visto.

El terror le obligó a abandonar la novela sin haber reanudado su lectura. Paseó nervioso por la reducida habitación, asomando furtivamente al exterior, temiendo, casi esperando ver aparecer las uniformadas siluetas que iban a detenerle.

Como un golpe sintió en su cabeza la sensación, casi física, de que alguien se estaba aproximando. Ese alguien le susurraba:

“—Estás cogido… No puedes escapar… Pagarás tu crimen..,”

Y se estaba acercando. Casi veía la furtiva silueta de un hombre ascendiendo por las escaleras. Continuaban las amenazas.

“—Vas a morir…”

Lentamente retrocedió hasta el tabique del fondo. Sus manos empujaron hacia atrás como tratando de abrirse paso. No veía aún a su

atormentador, pero le sentía ya cerca. Su presencia inmaterial estaba allí con él, agarrotándole, impidiéndole hacer un solo movimiento…

De pronto se abrió la puerta. De golpe, No, reconoció a José Uriarte, pese a que le veía todos los días. Solamente aquella voz dentro de su cerebro, que seguía martilleando.

—¡Asesino! ¡Asesino! ¡ASESINO!”

Él no quería moverse. Con un sobrehumano esfuerzo trató de aflojar las rodillas para dejarse caer a tierra. Pero había algo que se lo impedía. Y dió un paso hacia la abierta ventana.

Chilló como una rata acorralada. Aquella Némesis no se movía de junto a la puerta y, sin embargo, Herbert, estaba seguro de que aquellos intensos dolores que le atenazaban por igual en todas las partes de su cuerpo se los producía él. Era como si millones de afilados cuchillos se clavaran a la vez en todos sus músculos. Dio otro paso.

Finalmente, con infinito alivio, oyó la voz de su verdugo.

—Has matado a Frank—y se aproximó.

No llegó a tocarle. Ni lo intentó siquiera. Como si flotara sobre algodones, Herbet reculó de nuevo. No sentía el movimiento de sus músculos. La ventana bostezaba, hambrienta, a sus espaldas. Otro paso y sus temblorosas manos se apoyaron en el alféizar. Los ojos parecían querer salirse de sus órbitas.

Saltó.

Su espeluznante grito de terror fue amortiguándose con la distancia… hasta quedar cortado en seco.

Frank Lewis estaba vengado tres minutos después de su muerte.

Como si saliera de un sueño, Uriarte se pasó las manos por los ojos. No recordaba muy bien cómo había llegado hasta allí, pese a que mantenía vívidamente en su imaginación todo lo acaecido.

Lentamente comenzó a descender las escaleras.

Miller salió a su encuentro en el piso bajo.

—Se los acaban de llevar. ¿Por qué no has bajado con nosotros?

Uriarte no tenía deseos de hablar, por el contrario un torrente de pensamientos fluyó hacia Miller, bien que solamente con una historia parcial de lo ocurrido.

—¿De modo que fuiste tú?—y no dijo más. Herbert había sido recogido del suelo, y se lo llevaban en una ambulancia. La policía comenzó a invadir el lugar.

No los molestaron, En realidad hasta dentro de ¡un rato no comenzarían a abandonar la teoría, del accidente para variarla por la de crimen.

Tuvieron que bajar de la acera para evitar el enorme charco de sangre en el lugar donde cayera Herbert. Uriarte parecía estar sumergido en un mundo aparte… de su exclusiva propiedad.

—Los muchachos se fueron con ellos—habló Miller. No podía soportar aquel terrible silencio—. Todos, excepto Guy y Matt, que han ido a casa de .Jane… y yo que me quedé esperándote.

Silencio todavía. Cruzaron la calle y, por primera vez en la historia, Doug no vio correspondido su optimista saludo cuando Uriarte y aquel nuevo cliente desde varios días antes tomaron asiento en un rincón… rompiendo con todas las tradiciones. Siempre lo habían hecho junto a una de las ventanas.

Sin quererlo se sintió ofendido. Había algo en ellos que le obligaba a contravenir la costumbre descercárseles sonriendo.

Finalmente optó por sentarse detrás de su máquina registradora, contemplándoles pensativo. No hablaban; ni se miraban siquiera. Cualquiera hubiese dicho que eran dos sordomudos, ciegos y enemistados entre sí.

Repentinamente Uriarte habló. Sus palabras cortaban como cuchillos.

—¿Sabía alguien, además de nosotros, que nos íbamos a reunir?

—Nadie-, con seguridad. Recuerda que ninguno tenemos aquí a nuestras familias. No creo que conozcamos aquí más que a un reducido círculo de personas… y no son de suficiente confianza.

—Sin embargo… el golpe iba dirigido contra nosotros. Herbert fue contratado por los Centaurianos para que bloqueara los frenos del ascensor y cortase los cables cuando arrancara desde el quinto piso después de las siete.

—¡Imposible! ¡No pueden haberlo sabido!

—Jane lo sabía. Se lo dije yo.

—¡Pero Jane es de los nuestros, José!—protestó Miller con Calor—, ¡Haz el favor de no volver a pensar eso de la muchacha! Bien sabes qué si una vez te traicionó… nos traicionó a todos en realidad, fue presionada por el miedo de lo que pudiera ocurrirle a su padre.

—No ha sido Jane.

Hablaba en un tono impersonal, sin inflexiones, como si de pronto se hubiera convertido en una máquina.

—¿Qué sabes? ¡Habla, por Dios!—le increpó Miller, perdidos los nervios.

En lugar de responderle, Uriarte hizo otra pregunta:

—¿Qué era Frank para ti, Miller?

—¿Frank? Mi mejor amigo, mi jefe indiscutible…

—Para mí era mucho más. No interpretes mal lo que voy a decirte, pero estoy convencido de que de todos nosotros yo era quien más le quería… quizá porque también a mí me quería él más que a todos vosotros, con excepción quizá, de Jane. Él ha presentido en mí, desde la infancia, su heredero…

Se hizo el silencio. Miller no habló, como esperaba Uriarte. —¿Tú

sabes quién soy yo, Miller?

Sorprendido ante la inesperada pregunta, contestó.

—¡Hombre, pues, claro!

—¡No! No lo sabes. He madurado a la percepción extrasensorial quizá más tarde que ninguno de vosotros… pero más de prisa. El choque de la muerte de Frank ha hecho el milagro. ¿Sabes, por ejemplo, que yo podría hacerte caer muerto ahí donde estás, sin mover un dedo? Eso no podéis conseguirlo ninguno de vosotros… aunque tal vez con el tiempo os sea posible.

—¡Está loco! —pensó, muy para sus adentros Miller—. ¡El dolor le ha trastornado!

Uriarte se levantó. Estaba más tranquilo que al llegar, y directamente fue al encuentro de Doug. Sonreía.

—Sírvenos dos dobles, Doug. Aquí mismo.

Doug, orondo como nunca al comprobar que no había perdido la estima de Uriarte, les vio partir. La caja registradora hizo un ruido musical al señalar el importe de la consumición.

—¿Vas a casa de Jane?—preguntó Miller ya en la puerta del establecimiento. Uriarte parecía haber recuperado la normalidad y podía dejársele solo.

—Vamos a casa de Jane, querrás decir. Tú vienes conmigo.

Encogiéndose de hombros, Miller acató su voluntad. En fin de cuentas era cierto lo dicho por Uriarte poco antes. Frank Lewis había visto siempre en él su heredero.

Por distraerse trató de entablar contacto con Guy durante el camino. Ninguna novedad había venido a turbar la paz de la casa.

Uriarte le miró burlón.

—No tenías que haberte molestado, Miller. Yo ya lo sabía.

—¿Has “escuchado” mi conversación con Guy? Hablaba directamente con él…

—…lo que te prueba que en cuestión de horas os he superado. Puedo penetrar vuestras barreras sin que os deis cuenta.

Abatido, Miller tuvo que reconocer para sí mismo que en esto acertaba el muchacho. Ningún telépata, que él supiera, había logrado esto hasta entonces.

Jane salió a recibirles con cara de haber llorado. Sabía por Guy y Matt lo ocurrido a Frank Lewis.

—Vamos arriba, con tu padre, Jane—dijo Uriarte—. Podría ofenderse si hablamos a sus espaldas.

—¡No debes tomarlo así con el pobre viejo!—le reprochó Miller—. El pobre está deshecho.

Uriarte le miró en forma rara. Solamente dijo tres palabras:

—Ya lo sé—secamente.

—Os espero aquí abajo, con Matt.

—No. Tú vienes con nosotros. Lo que hemos de hablar te interesa mucho.

Entraron en la habitación de Stroem. Sin pronunciar palabra, Uriarte tomó asiento. Jane y Miller le imitaron. Los cigarrillos comenzaron a impregnar de humo la atmósfera.

—¿Qué tenías que decimos?—demandó Jane al cabo de un rato.

—Esperad un poco. Estoy reflexionando.

Stroem seguía con su eterno castillo de naipes, ajeno a lo que ocurría a su alrededor.

Uriarte, imperturbable, continuó expeliendo bocanadas de humo como si tuviera toda la eternidad por delante' para lo que quería comunicar a sus amigos.

—Vete, Jane.

La orden mental, por lo inesperada, sobresaltó a la muchacha. Con los ojos muy abiertos miró a Miller, creyendo de momento que le había hablado en voz alta. El telépata no se había apercibido de nada.

Jane, viendo la indiferencia que mostraban sus dos compañeros, obedeció sumamente intrigada.

—Ahora, Kutageh, nos lo dirás todo la voz de Uriarte interrumpió el largo silencio, sonando como un clarín.

Miller se puso en pie de un salto.

—¿Qué significa esto?—demandó en tono amenazador.

CAPITULO VII

URIARTE no hizo el menor movimiento.

—Mírale,

Charles Stroem hacía frenéticos esfuerzos por levantarse. Inútilmente trataba de apartar la pequeña mesa sobre cuyo tablero estaba derrumbado su castillo de naipes.

—¿Qué le has hecho, José? ¿No tenía prohibido Frank que intentásemos escrutar los pensamientos de este hombre?

—Sí. Y le hacía el juego. Fue muy listo fingiendo que la exploración telepática le sacaba dé quicio. Así jamás podríamos saber que era Kutageh, el tercer hombre en importancia del grupo de Kahut.

—¡Pero se trata del padre de Jane Stroem! Ella misma le ha identificado. No lleva ningún disfraz.

—Eso lo veremos en seguida. ¿Recuerdas que hace un rato te he preguntado quien más sabía de nuestra reunión?

—Sí. Y tú mismo has dicho que Jane…

Exactamente. En mi visita anterior lo hemos comentado aquí mismo. Este hombre, fingiéndose medio maniático, ha hecho lo posible para que habláramos en su presencia. Y yo he caído en la trampa como un tonto… ¡Yo mismo le he proporcionado las armas para matar a Frank!

—¿Qué piensas hacer ahora con él?

—Sacarle todo lo que sabe. ¡Exprimirle el cerebro!

¡Y luego le mataré!

No se habló más entre ellos. En adelante la conversación fue únicamente telepática.

Kutageh comenzó a enrojecer violentamente. Su boca se abrió de par en par como en demanda del aire que no llegaba a sus pulmones.

—Sácale de la boca una muela falsa que lleva en la mandíbula superior, Miller. Al lado derecho. No temas que te muerda porque no es su voluntad la que le mantiene inmóvil..,—Miller obedeció. En sus manos quedó un pequeño recipiente de plástico—. Ahora límpiale la uña del índice de la mano derecha. Lleva más veneno en ella.

Obediente a una voluntad superior que la suya, Kutageh levantó la mano derecha. Miller siguió cumpliendo lo que le ordenaba Uriarte.

—Ahora que ya no puedes suicidarte, amigo —Uriarte habló para el centauriano—, nos dirás unas cuantas cosas… Sería una verdadera pena de Jane Stroem pensara ni por un solo instante que hemos matado o

atormentado a su “padre”. Por tanto vivirás… provisionalmente.

Kutageh, aliviado de la presión ejercida en su garganta por Uriarte para impedir que tragara la cápsula de veneno, respiraba fatigosamente.

—¡No… no diré nada… maldito terrestre! ¡Y no puedes penetrar mis defensas!—jadeó.

—Sin esfuerzo alguno, “papá”—rió Uriarte—. Tú no eres el bisoño Harris, que agotó a Frank Lewis… ¡Pero yo tampoco soy Frank! Mira lo que hago contigo.

El viejo comenzó a retorcerse cuando algo semejante a un fino estilete pareció clavarse en medio de su frente. No era un objeto material, pero penetraba dolorosamente, sin dejar herida. Lentamente… en un avance casi imperceptible, pero incesante, fue derribando la muralla mental de Kutageh, hasta que, de pronto, como en una violenta explosión, toda la defensa quedó reducida a añicos.

—Puedes volver a levantar la barrera—advirtió el terrestre—, Pero ten la seguridad de que de igual forma la haré desaparecer… cada vez con mayor facilidad.

La titánica lucha había- durado breves segundos. El centauriano agotado, con la frente cubierta de sudor, las facciones contorsionadas por el esfuerzo, se derrumbaba sobre la otomana. Uriarte no daba señales de cansancio; su mano no temblaba en absoluto mientras mantenía en equilibrio la ceniza de su cigarrillo.

—A tu disposición, Miller—ofreció—. La puerta está abierta.

—Pero… ¡no encuentro nada!—protestó Miller intrigado—, ¡Tiene las defensas levantadas!

—¡Oh, no! Simplemente ha dejado de pensar. Es un ejercicio difícil, pero más eficaz aún que la barrera. Sin embargo, no podemos perder más tiempo.

De nuevo atacó. El procedimiento era esta vez distinto como lo era la argucia empleada por Kutageh.

Un dardo mental penetró profundamente en la nuca del centauriano activando determinados nervios. La’ víctima se estremeció por un instante. Luego volvió a la inmovilidad..

—Es duro—observó—. Cualquier otro .habría dado un salto.

—Sabe que no puedes hacerle un daño real.

—¿No? Ahora lo verás.

Las propias manos del centauriano comenzaron a abofetear su rostro, cada vez con más fuerza,..

Y siguió el martirio durante largos minutos. Uriarte variaba continuamente, no dando un segundo de respiro a su víctima. La impaciencia comenzaba a- dominarle, y ya se preguntaba si aquel hombre iba a poder más que él, cuando los pensamientos comenzaron a fluir como un torrente… para detenerse dos segundos después.

Pero el camino estaba abierto. Con intervalos irregulares, ayudándose de preguntas directas cuando era necesario, los dos telépatas consiguieron la historia completa…

—Ya lo sabes todo, Miller. Ahora mi plan.

—¿Vas a matarle… así, a sangre fría?

El joven se irguió en toda su estatura.

—Te parecerá horrible, tal vez. También a mí me lo parece, y en circunstancias normales yo sería el primero en impedirlo, Pero estamos empeñados en una lucha… una verdadera guerra interestelar. Ellos nos han atacado. Nosotros únicamente nos defendemos. Pero si permitimos que estos hombres vuelvan a su planeta de origen será cuestión de más o menos años el que se presente aquí un poderoso ejército de invasión. ¿Y qué ocurrirá entonces…? No, Miller. Aunque nos repugne hemos de asumir el papel de verdugos.

—Estás ofuscado, José. Ni a ti ni a mí nos va esa actitud. No somos asesinos. Y lo que quieres hacer es un asesinato, aunque lo disfraces bajo la forma de una ejecución. Luego te arrepentirás… y comprende que, hagas lo que hagas, no podrás devolver la vida a Frank.

El silencio se hizo oprimente, casi convertido en algo sólido, palpable, Por fin Uriarte bajó la cabeza.

—Tal vez tengas razón. Habremos de pensar en otra forma de disponer de ellos.

Su mirada cayó de nuevo sobre el viejo centauriano.

* * *

—¿Hay más café, Jane?—preguntó. Uriarte, extendiendo el brazo.

—Sí. Aquí está. ¿Tú no quieres más, padre?

Kutageh movió la cabeza negativamente. Jane Stroem aún no sabía que su padre había, sido asesinado, dejando en su lugar a un enemigo perfectamente caracterizado.

—Ponme a mí… si queda—murmuró Miller.

Durante unos momentos se oyó únicamente el tintineante sonido de las cucharillas en las tazas. Luego.

—Tendremos que irnos ya—dijo Uriarte, consultando su reloj—. Es tarde.

—Sí. Vamos—corroboró Miller—. Como de costumbre, esperaremos en la puerta hasta que lleguen Matt y Guy para relevarnos.

Salieron. Kutageh, inmovilizado realmente ahora por una parálisis inducida por Uriarte,' les dirigió una venenosa mirada.

Hasta tanto decidían qué hacer con él, continuaba desempeñando el papel de padre de Jane Stroem, habiéndole obligado a olvidar todo lo ocurrido días antes. Seguía pensando que nadie había descubierto su'

duplicidad.

—Por favor… no se muevan. Sería muy doloroso para mí tener que matarles.

Media docena de hombres, con las automáticas empuñadas algunos de ellos, y los demás dispuestos a hacerlo en caso necesario, los rodearon en el pasillo,

No había posibilidad alguna de resistencia. Comprendiéndolo así se dejaron conducir hasta la calle.. Dos automóviles esperaban y sin mediar palabra entre los captores, se distribuyeron en ellos. Jane y Uriarte en el de delante. Miller en el de atrás.

Este no permanecía inactivo. Apenas se hubo acomodado entre dos de los centaurianos lanzó un mensaje dirigido a los que tenían que acudir a casa de Jane Stroem, comunicándoles lo que ocurría. En cuestión de segundos estuvieron movilizados todos los hombres disponibles en la ciudad, organizándose la persecución en regla.

Miller les iba dando indicaciones del camino que recorrían. Le resultaba imposible leer en las mentes de sus captores a causa de la barrera que «tenían levantada todos ellos.

—Parece que nos dirigimos a la casa de Rawlins, muchachos.

—Os alcanzaremos antes de llegar. Una vez allí dentro sería mucho más complicado el rescataros.

—Tened cuidado. Podrían haber tendido una emboscada.

Como si esto hubiera sido un conjuro, le llegó instantáneamente la confirmación. Una vieja camioneta cruzaba el camino y habían tenido que detenerse forzosamente. Desde ambos lados les estaban disparando un nutrido grupo de hombres.

—¿Ya han caído los pajaritos?—le preguntó sardónicamente uno de los que se sentaban junto a él—. ¿Creían acaso que íbamos a dejarles que os rescataran con tanta facilidad?

Miller se limitó a Cerrar fuertemente la boca.

—Aún no se les han terminado las sorpresas a tus amigos. Si logran salir de esa encerrona, encontrarán otra a continuación.

La casa de Rawlins apareció ante ellos. Inesperadamente el mismo que se burlara de él, sacó del bolsillo una aguja hipodérmica. Miller sintió un leve pinchazo y le envolvieron las tinieblas.

—Este ya está listo, Kanchat—advirtió al conductor—. No es necesario que paremos.

Miller se hubiera asombrado de ver que proseguían la marcha, tomando por un camino de segundo orden.

Casi toda la noche corrieron incesantemente. Ya faltaba poco para el amanecer cuando, por fin, hicieron alto junto a un viejo barracón de madera.

Muy cerca se oía el rumor de las olas golpeando en un acantilado.

Había mucho movimiento en aquel lugar. Decenas de hombres se afanaban en descargar unos grandes camiones, transportando su contenido al barracón. Los bultos eran, en parte, apilados junto a las paredes, mientras el resto iba a parar a las entrañas de un aparato semejante a .un submarino, que flotaba en una especie de piscina comunicada directamente con el mar por uno de sus extremos. El yate que normalmente ocupaba el pequeño embarcadero, estaba ahora anclado en el centro de la pequeña bahía.

Dos o tres lanchas de motor recibían parte de la mercancía, transportándola al barco.

Los inermes prisioneros fueron introducidos en el submarino, y antes de que asomara el sol por el horizonte se hacían a la mar. El sumergible se colocó debajo del yate para evitar ser descubierto accidentalmente desde el, aire.

Lo primero que vio Uriarte al despertar fue el conocido rostro de Kahut.

—¡Hola!—saludó—. ¡Siempre nos estamos encontrando!

—Sabiendo que Kahut le creía sin poderes telepáticos, no se atrevió a utilizarlos. Le hubieran vuelto a narcotizar inmediatamente. El pobre Miller era una prueba de ello. No deseaban que se entablara una persecución antes de que estuvieran fuera del alcance de los amigos de Uriarte.

Y Uriarte tenía un especialísimo interés en mantenerse dueño de sus sentidos.

—Sus amigos tuvieron la poca delicadeza de apartarle de mi lado, señor Uriarte. Me he visto obligado a recuperar su grata compañía.

El submarino dio un bandazo.

—¡Caramba!—exclamó José—. ¿Hay un terremoto?

—Navegamos, simplemente—sonrió Kahut—. Dentro de pocas horas les voy a proporcionar una experiencia por la que aún no ha pasado ninguno de sus coterráneos.

—¿De qué se trata?

—Ya lo verán.

—Mis amigos, como usted los llama, podrían estropearles nuevamente la diversión. Son muy aficionados a ello.

—¡Oh, no! Esta vez no podrán. No hay ningún “Dick Harris” que pueda darles indicios sobre nuestro paradero… ¡Por cierto! ¿No sabrá usted dónde retienen al pobre muchacho? ¿O le han matado, quizá?

—¡De ninguna manera, señor Kahut! ¡Dick se está adaptando rápidamente a la vida en la Tierra! Colabora con mis amigos como uno más.

—No le creo, pero confío en que no le harán ningún daño. Pienso volver y terminar victoriosamente mi campaña.

—Eso significa que ahora se va, ¿a Próxima Centaurii?

—No tan lejos. Pese a que les superamos a ustedes en ciencia, aún no hemos podido impedir que semejante viaje invierta menos de veinte años. Ninguna esperanza me quedaría de alcanzar vivo mi planeta natal.

—¿Entonces…?

Kahut fijó en él la mirada de sus ojos burlones.

—Amigo mío, voy a ser totalmente sincero con usted. Me es simpático y únicamente lamento que militemos en bandos contrarios. No obstante, como tengo la seguridad de que esta vez no podrá escapar de mis manos, le prevengo contra la inutilidad de que trate de sonsacarme. Todo cuanto yo le comunique y usted crea interesante, puede estar seguro de que será la verdad; pero que, al propio tiempo, jamás tendrá ocasión de transmitirlo a sus amigos mientras a mí me pueda perjudicar. Yo sé que usted no es telépata. La señorita Stroem tampoco. Únicamente su otro compañero, cuyo nombre ignoro por el momento, podría comunicar con los telépatas. Por eso le mantengo inconsciente. Puede servir a mis propósitos para más adelante, como señuelo. Ya lo ha hecho una vez.

—¿Qué quiere decir?

—Que hace pocas horas ha arrastrado a un grupo de compañeros suyos a una emboscada. Desgraciadamente para mis hombres las cosas no han salido todo lo bien que debían. No tengo noticias concretas, pero lo cierto es que me han privado de más, de una docena de inapreciables auxiliares. Todos los que me acompañan lo son, ya que no tengo posibilidad alguna de reponer las bajas.

—Lo lamento… por usted.

—Gracias… Pues, como iba diciéndole, mis planes inmediatos consisten en apartarme de la Tierra. A cierta distancia en el espacio me espera mi nave.

Con ella me trasladaré a Titán…, creo que le llaman ustedes. Es, como sabe, el mayor satélite de Saturno y del Sistema Solar, con un diámetro mayor aún que el del planeta Mercurio, y posee una rarificada atmósfera de metano que no sirve para respigar, pero proporciona hidrógeno abundante para nuestras naves de propulsión química. Pienso construir una Base en él… y ustedes nos ayudarán» Ya cuento con los elementos necesarios para ello.

Jane Stroem despertó en aquel momento. Uriarte procuró tranquilizarla, y la conversación siguió, amistosa, durante el resto del día con ciertos intervalos para las comidas y las forzadas ausencias de Kahut por cuestiones del rumbo.

El sol declinaba hasta casi rozar las aguas apenas turbadas por ligerísimas ondulaciones, cuando se detuvieron.

—Hemos llegado a la primera parte de nuestro viaje, amigos. Hagan

él favor de acompañarme.

No les quedaba otra solución. En una camilla transportaron al narcotizado Miller hasta una estrechísima cabina. En ella se apretujaron los tres prisioneros, Kahut y tres hombres más. Era un diminuto ascensor, que en pocos segundos llegaba a su destino.

Al salir se encontraron en una acristalada cabina de control, provista de varios asientos.

—Me van a hacer ustedes el favor de permitir a mis hombres que les sujeten a los sillones—dijo el siempre, cortés Kahut—. Se trata de una simple precaución en beneficio de ustedes, además de impedir que sintieran deseos de estorbar el vuelo.

—¿En vuelo? ¿Es esto un avión?—Uriarte señaló hacia las verdes aguas que se veían a través de los ventanales.

—No. No es un avión—aclaró, riendo, el centauriano—. Al menos en el sentido que usted quiere significar.

Sujetos todos, Kahut empuñó los mandos. Un mecanismo, accionado seguramente desde el submarino, hizo adoptar a la navecilla una posición vertical.

—Utilizamos un sistema muy semejante al que idearon ustedes hace algunos años para el lanzamiento de proyectiles dirigidos desde sumergibles en inmersión. Francamente, les diré que es una adaptación de aquél.

En aquel momento se sintieron empujados contra los respaldos de sus asientos. La fuerza de aceleración no era mucha, pero bastó para que en breves segundos se vieran a varios metros por encima de la superficie de las aguas. Kahut accionó una palanca y los motores de la nave entraron en acción.

El choque, aunque esperado, fue brutal Uriarte se sintió oprimido hasta casi no poder respirar. Sus sienes latían aceleradamente, denunciando el tremendo esfuerzo, del corazón para mantener circulando la sangre contra la presión que tendía a concentrarla en su espalda.

Sin embargo, aquello duró muy pocos instantes. Adquirido el necesario impulso inicial, un mecanismo automático redujo la aceleración hasta límites fácilmente soportables.

Nadie sentía .deseos de hablar. Uriarte volvió la cabeza para mirar al exterior; muy por debajo se veía la brillante superficie del mar en calma, alumbrado por los últimos reverberos del sol poniente. El lugar de donde habían salido estaba totalmente a oscuras, pero desde donde se encontraban ahora era perfectamente visible el llameante disco amarillo rojizo.

Muy lentamente, casi de un modo imperceptible, el azul que los rodeaba por todas partes comenzó a oscurecerse. Cinco minutos después

el firmamento se había convertido en negro y en él brillaban millones de estrellas, ¡en pleno día!

Era un espectáculo glorioso. El Sol, la Luna en la plenitud de su circunferencia, y las estrellas, todo visible al propio tiempo. Y a sus pies, mostrando perfectamente la curvatura de su superficie, la Tierra, una monstruosa esfera que lo llenaba todo de horizonte a horizonte. Más de la mitad de América aparecía a un lado, y Uriarte estaba seguro de que, a no ser de noche, hubiera podido vislumbrar las costas atlánticas de Europa y Africa.

El pequeño aparato se estabilizó, comenzando a correr sensiblemente paralelo a la superficie de la Tierra. En pocos minutos quedaron sumergidos en el cono de sombra y ya el joven no pudo ver bajo sus pies otra cosa que una mancha negra, distinta al resto del firmamento en que en ella no se veían las miríadas de puntos de luz de las estrellas. Tan sólo, de un modo fugaz, la tenue luminiscencia de alguna gran ciudad.

Kahut elevó nuevamente el morro dé la nave, al tiempo que aplicaba una suave deceleración que, tomando por sorpresa a los pasajeros, los hubiera despedido hacia adelante a no ser por las ligaduras. Uriarte le dio las gracias mentalmente por haber adoptado semejante precaución.

Sólo entonces se dio cuenta de que Kahut había estado hablando en una jerga incomprensible ante un pequeño micrófono, y que Jane Stroem contemplaba el espacio con el mismo interés que él… no exento de cierto miedo. Uriarte la disculpó. Realmente la altitud era tremenda y no resultaba extraño que se apoderase de ella el vértigo.

El momento del transbordo se aproximaba. Por la parte de proa parpadeaba un círculo de luces y Kahut se dirigía rectamente a su encuentro, cada vez con mayor lentitud, hasta el punto qué cuando penetraron en el túnel que indicaban estaban casi detenidos.

Un ligero choque. Los motores se detuvieron completamente, y el piloto se volvió hacia sus pasajeros.

—Hemos llegado, señores. Bienvenidos al “Shekar”, o la “Esperanza”, si lo prefieren en su idioma. Es un nombre simbólico, ya que constituye la esperanza de redención para una raza condenada al hundimiento si nosotros fracasamos. Por aquí.

Mientras hablaba se había puesto de pie. Sus hombres desataron a los prisioneros; y tomando entre dos de ellos, como lo hicieron antes, a Miller, salieron por la puertecilla que se abría en el suelo.

CAPITULO VIII

UN grupo de centaurianos salieron al encuentro de los que llegaban, Iban ataviados con ajustados trajes de una sola pieza, en apariencia suficientes para soportar el vacío sideral con la simple adición de una escafandra y equipo de aire. Incluso la pieza metálica que les cubría los hombros y parte del pecho y la espalda parecía apropiada, para el caso.

Kahut dio unas breves órdenes, que fueron escuchadas con silencioso respeto por estos hombres. Luego se volvió a los cautivos.

—Chaak les acompañará al departamento que se les ha destinado. Pueden descansar un par de horas que es lo que supongo tardaremos en salir. Luego mandaré buscarles. Hemos de hablar.

—¿Y mi compañero? —preguntó Uriarte—. ¡Supongo que no. pretenderá usted tenerlo narcotizado para siempre!

—No—sonrió Kahut—, Chaak tiene órdenes de administrarle un estimulante que le reanimará en breves minutos. Podría exigirles a cambio su palabra de que no haría uso de sus poderes, pero no es necesario. Estamos fuera del alcance de sus aliados. Tal vez, si es capaz de comunicarse con ellos a tan gran distancia, se alegren de saber que todavía siguen vivos.

—Muy agradecidos por su amabilidad, Kahut —Uriarte se inclinó burlonamente, y tomando a Jane Stroem por el brazo siguió a los que transportaban a Miller.

El "departamento" que les había asignado Kahut era, ni más ni menos que un estrecho camarote muy semejante a los que pueden encontrarse en cualquier barco para el servicio de la tripulación. Sin embargo no se estaba incómodo en él.

—No deshagas las maletas, Jane—advirtió zumbonamente Uriarte—. Él amigo Kahut no piensa tenernos aquí mucho tiempo.

Miller comenzaba a rebullir, y al cabo de pocos minutos se sentía capaz de mantener una conversación coherente.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estamos?

—Tienes bien poca imaginación, amigo mío —Uriarte se sentía alegre, pese al incierto porvenir que tenían ante sí—. ¿No eres capaz, de decir algo original cuando vuelves en ti?

Se tomó el trabajo de explicarle verbalmente lo ocurrido desde que fuera narcotizado.

—Ahora prueba a ponerte en contacto con los amigos. Diles que estamos bien y pregúntales por la familia. Recomiéndales especialmente

que cuiden del señor Stroem. El pobre estará muy solo sin su hija.

—¡José! —se indignó Jane—. ¡No te consiento que hables en esa forma de mi padre! ¡Es cierto que su comportamiento no es normal, pero debes disculparle por los sufrimientos que ha tenido que soportar!

Miller rió por lo bajo, aplicándose seguidamente a la tarea asignada por Uriarte.

—Ahora, tú y yo, nena, ¡a descansar! El amigo Miller tiene mucho trabajo haciendo de técnico en comunicaciones y podríamos interferir. Además, él ha dormido casi veinticuatro horas seguidas mientras nosotros velábamos su sueño. ¡Que nos corresponda!

Y uniendo la acción a la palabra se dejó caer de golpe sobre una de las literas. Miller ocupaba otra, .y Jane, por no desentonar, se tumbó en la última que quedaba libre.

—José—Miller estableció contacto mental—. ¿Por qué no has hecho uso de la telepatía para explicarme todo lo que ha pasado? Comprendo que tendrás tus razones, pero no lo comprendo.

—Si no tuvieras el cráneo relleno de aserrín lo verías inmediatamente. ¿Para qué crees que se han inventado los micrófonos? ¿Quieres que esta gente descubran nuestro pequeño secreto, única arma de que disponemos contra ellos por ahora?

No obtuvo respuesta. Miller, avergonzado por su falta de penetración, se estaba dedicando con todas sus fuerzas a la tarea asignada.

Uriarte no se dedicó al reposo. Enmascarando su propia emisión con la de Miller, comenzó a tantear a Jane Stroem. Ya en cierta ocasión logró hacerse "oír" por ella, y estaba seguro, contra las teorías mantenidas por Lewis, de que no era preciso dejar que las facultades latentes en la muchacha se manifestaran espontáneamente.

La respuesta fue más Instantánea de lo que esperaba. Y durante las tres horas siguientes sometió a Jane a un entrenamiento intensivo que la dejó agotada. Pero había conseguido despertar en ella todo cuanto llevaba de capacidad extrasensorial. Y no se sorprendió demasiado al comprobar que era muy superior al propio Miller.

Algo de esto sospechaba desde varios días atrás. Seguramente que la tardanza en manifestarse estaba en relación directa con la intensidad de los poderes.

Por último, la puso al corriente de todo cuanto ella ignoraba. Y quedó maravillado al comprobar la valentía con que estaba soportando la noticia de la muerte de su padre y la suplantación obrada por el centauriano Kutageh. Cualquiera que la hubiese visto—y no era extraño que los dueños de la nave dispusieran de medios visuales y auditivos para espiar la conversación de los prisioneros—no habría sospechado, ni remotamente, por la expresión de su rostro las malas noticias que estaba

recibiendo…

Chaak, el hombre destinado por Kahut para servirles de carcelero, asomó por la estrecha" puertecilla de entrada. En un pésimo inglés se dirigió a ellos.

—Acompáñenme.

Obedecieron sin comentarios. Uriarte y Miller comentaban entre sí todo cuanto iban observando en la inmensa nave. Jane Stroem apenas tomaba parte en la conversación, paladeando sus recién estrenados poderes. Chaak se estremeció más de una vez, inquieto por la cosquilleante sensación que le causaban las tentativas de la muchacha para penetrar en sus pensamientos.

Finalmente alcanzaron una espaciosa habitación cuyas paredes estaban cubiertas de pantallas, hileras de luces, palancas, interruptores y resortes. Sobre unas pequeñas vías se deslizaban a lo largo, del muro varias sillas ocupadas cada una por un hombre, vigilando continuamente los instrumentos.

Kahut, sentado en una especie de trono, con una pequeña mesa ante él, dominaba todo el recinto.

—Trae asientos partí los amigos, Chaak—ordenó. El aludido sujetó al suelo por medio de unos pernos especiales, tres cómodas butacas antiaceleración, donde los telépatas se dejaron caer sin pronunciar palabra!

Chaak, comprendiendo que su presencia ya no era necesaria, se retiró a ocupar su puesto.

—Hace breves instantes que ha sido estibada la última carga—prosiguió Kahut—. Nuestras embarcaciones han regresado a puerto… para dedicarse a menesteres totalmente inofensivos durante una temporada. En realidad serán vendidas. En la Tierra no quedan ahora más allá de una veintena de centaurianos.

—¿Los abandona?—inquirió Uriarte por decir algo. Realmente, sin necesidad de escrutar los pensamientos de Kahut, estaba convencido de que éste les confiaría todos sus planes. Sin embargo ignoraba el motivo de tanta confianza como les dispensaba, siendo enemigos.

—No… de ningún modo. Simplemente ocupan cargos clave y no me he atrevido a retirarlos. Durante… algún tiempo permanecerán organizándose. Cuando sean necesarios saldrán a la luz.

Uriarte no dejó de observar la primera reticencia en Kahut. Había eludido cuidadosamente el especificar cuánto tiempo tardaría en lanzar su segunda ofensiva.

El centauriano permitió que se hiciera un breve silencio antes de continuar.

—Dentro de pocos momentos vamos a salir hacia nuestro destino. Quiero que presencien la facilidad de maniobra de esta enorme

astronave. Pero entretanto, procuraré satisfacer su legítima curiosidad respecto a los motivos que me han inducido a traerles conmigo.

“No me preocupa que, si pueden, transmitan a sus amigos lo que vayan sabiendo. Estamos fuera de su alcance. Ya he observado lo atareado que estaba el señor…—señaló con la cabeza hacia Miller—conversando, o tratando de hacerlo, con sus camaradas de la Tierra… A propósito: ¿lo ha logrado?” —Pues…—Miller vaciló durante una fracción de segundo. El tiempo suficiente para recibir una rápida orden mental de Uriarte—. No muy claramente. La distancia es demasiado grande.

—Dudo que me diga la verdad—sonrió Kahut—, aunque no sé si exagera en más o menos. Más adelante lo sabré con certeza. [1] “Pues bien. Les necesito conmigo para varios propósitos. Los fundamentales y más inmediatos son: primero, estudiar de cerca y sin peligro la telepatía, en lo que se refiere a usted—nuevamente indico a Miller—; con franqueza, les diré que voy a tratar incluso de captarles para mi causa. Además, bien de grado, o por fuerza, intentaré utilizar esa facultad suya, para mi propio beneficio. En cuanto al señor Uriarte y la señorita Stroem mi fin primordial ha sido… bien, digamos, que tenerles conmigo. Los prefiero aquí que sueltos en la Tierra.

Uriarte sonrió. Sabía de sobra el motivo.

—Ustedes conocen muchas cosas que pueden servirme para mis proyectos. Yo he recopilado prácticamente todo cuanto se sabe en la Tierra sobre energía nuclear, pero mis hombres no están lo suficiente prácticos en su idioma, para entender muchas cosas cuando se trata de tenias tan complicados, aunque caigan dentro de su especialidad. El señor Uriarte y la señorita Stroem, como técnicos en la materia, colaborarán con ellos, resolviendo sus dudas.

—¿Está usted seguro, Kahut, de que lo va a lograr? —preguntó suavemente Uriarte.

—¡Oh, sí! Totalmente. Recuerde que ya en cierta ocasión pasó usted por el duro trance de tener que obedecerme a su pesar. ¡Y no querrá que abusemos del empleo de drogas en su cuerpo… con las desastrosas consecuencias que han podido comprobar en el pobre señor Stroem!

Jane apretó los labios para no dejar salir las amargas palabras que se agolpaban en su boca. ¡Aquella macabra ironía empleada por el asesino de su padre era algo casi insoportable!

—Según creo recordar, Frank Lewis, arrancó a su amigo Dick Harris la historia de su Venida al Sistema Solar. ¿Es cierto qué no han logrado encontrar rastro alguno de sus compatriotas llegados aquí hace, varios miles de años?

Kahut vaciló por un instante,, no comprendiendo el motivo que guiaba a Uriarte al formular tal pregunta.

—Pues… sí. Efectivamente, no hemos…

Le interrumpió el parpadeo de una lucecita azul en el tablero que tenía ante sí.

—Perdonen unos momentos. Ha llegado la hora de arrancarnos de la órbita alrededor de la Tierra.

Los tres telépatas se reclinaron en sus asientos, Observando perezosamente la frenética actividad a que se entregaban todos los centaurianos, incluido el jefe de la expedición. Apenas una serie de ligerísimas sacudidas indicaron el cambio de derrota. Luego fue necesario alimentar los computadores electrónicos con los datos precisos para que fijaran el rumbo y velocidad precisos para seguir la órbita más económica en tiempo y combustible hasta llegar a Titán. Y siempre los tres terrestres lanzando sus tentáculos mentales en derredor, comunicándose los chispazos de pensamientos que captaban para formarse una idea del funcionamiento de la astronave. No era gran cosa, ya que los centauríanos cerraban automáticamente sus defensas, pero al terminar la maniobra sabían mucho más que antes; casi se habrían atrevido a gobernar la máquina durante un corto tiempo.

—Decía—habló Kahut apenas pudo desentenderse de los mandos—que no hemos encontrado huellas de la expedición de Kukulkán. ¿Acaso sabe usted algo de ella?

—¿Kukulkán se llamaba?—Uriarte recapacitó sobre el nombre—. Pues, no. Me suena vagamente pero no caigo…

Miller, excitadísimo, se encargó de aclarar sus dudas. Pero lo hizo sin palabras. Uriarte era el jefe y quien debía decidir acerca de la información a Kahut.

Con una maliciosa sonrisa, Uriarte se encaró con el centauriano.

—¿Qué daría usted a cambio de que yo le dijera lo que sé al respecto… lo suficiente para poder localizar a Kukulkán?

Kahut se inclinó hacia adelante. Respiraba con rapidez.

—¿Sabe usted algo? ¡Dígalo inmediatamente!

—¡Oh, no! Yo también sé imponer condiciones cuando llega la hora.

—¡Puedo obligarle! Es preferible que me informe de buen grado.

Miller se concentraba intensamente. En realidad no se apercibía de lo que estaba ocurriendo a su alrededor, tan absorto estaba en su propia tarea.

—Es posible. Pero usted, mejor que nadie, sabe que las drogas son lentas e inseguras en los resultados. Estando prevenido me es posible desorganizar mis ideas de tal forma que, en estado inconsciente, usted sería incapaz de distinguir la realidad de la pura fantasía.

—Con tiempo y paciencia lograría mi propósito. No obstante, estoy dispuesto a una transacción para abreviar—se rindió Kahut—. ¿Qué condiciones propone usted que no sean incumplibles?

—Mi libertad y la de mis amigos. El abandono por su parte de toda idea de invadir la Tierra. Su alejamiento del Sistema Solar en el plazo más breve posible, que ya fijaríamos. Y los originales de la documentación de Kukulkán, con una clave para traducirlos.

—Supongamos que acepto—sonrió el centauriano despectivamente—. ¿Qué ventajas obtengo yo? Porque todas se las ha adjudicado usted.

—Quedan bastantes: en el tiempo que ustedes tarden en copiar lo que les interese de Kukulkán, yo aclararé cuantas dudas tengan en cuanto al archivo de conocimientos terrestres que posee, y que se les permitiría llevar consigo. En esa forma quedaremos igualados ambos mundos en poder.

—No me convence. Tengo medios para obtener eso sin ceder nada a cambio.

Uriarte se puso de pie, imitándole sus compañeros,

—Se equivoca, Kahut. Lo que le he propuesto no es sino una concesión graciosa por mi parte… una limosna a un mundo agotado y en trance de perecer. Kahut quedó impresionado ante la seguridad mostrada por los terráqueos. Con un ademán los invitó a sentarse.

—¿Puede saberse con qué fuerzas cuentan para oponerse a mi voluntad? Son tres personas solas contra medio centenar, y sin esperanzas de recibir ayuda.

Todavía no era llegada la hora de mostrar sus triunfos. Uriarte volvió a dejarse caer en el sillón metálico. Una ligera sonrisa vagaba por su semblante.

—Se ha dignado hacernos muchas confidencias, Kahut. Le voy a dar unas pocas pruebas de que la cosa no se desliza según sus planes. Confianza por confianza.

Para hacer más dramática la espera anhelante de Kahut, que comenzaba a mostrar inseguridad, Uriarte extrajo un paquete de cigarrillos. Solamente el centauriano rehusó con un movimiento de cabeza.

—¿Ha recibido noticias últimamente de Kutageh?

Una bomba estallando a un palmo de sus narices no hubiera hecho más estragos en Kahut que la inesperada pregunta. Palideció bajo su morena piel, y sus manos oprimieron con fuerza los brazos del sillón hasta blanquearle los nudillos.

—¿Qué sabe usted de él?—interrogó a su vez, roncamente.

—Mucho. Más de lo que usted mismo cree. Y le diré otra cosa aún: ¿cree que estamos aquí a consecuencia de una jugada maestra de su amigo… prisionero mío desde hace quince días? Trasládeme el mérito, Kahut. Nos hicimos secuestrar porque, nos interesaba así.

—No le creó, Uriarte. ¿Qué interés podían tener ustedes en ponerse en mis manos? Actualmente, ya se lo he dicho antes, están indefensos.

—Mi interés es algo que quizá usted no acabe de entender. Hubo un tiempo, cuando supe quién era el culpable de la muerte de Lewis, mi mejor amigo, que quise destrozarle física y mentalmente hasta que no quedase ni rastro de él… lo mismo que hice con el ejecutor material del asesinato, al obligarle a saltar desde la ventana de un décimo piso. Pero en la Tierra existe una virtud, que probablemente es desconocida en su planeta. Tiene muchos nombres. ¿Adivina usted alguno de ellos?

Kahut movió negativamente la cabeza. Estaba blanco de terror.

—Se llama CARIDAD… También puede degenerar en LASTIMA, compasión hacia el caído, fraternidad cristiana… al considerar que todas las criaturas vivientes son hijos del mismo Dios… ¡Eso es lo que yo sentí y siento hacia su pueblo, Kahut! Por, ello no he vacilado un segundo en arriesgar mi vida y la de mis amigos para traerle este mensaje y ofrecerle la mano… Ahora la elección es única«mente suya. ¿Qué decide?

Kahut veía algo siniestro en las palabras de Uriarte. Pese a la buena voluntad que proclamaban, el centauriano no creía en ellas. Y se negaba a aceptar que los telépatas fueran dueños dé la situación en contra de todas las apariencias. Sonrió algo forzadamente.

—Tiene usted razón. En mi mundo no tiene demasiado arraigo esa dudosa virtud de que alardea. Sería peligrosa para la comunidad. La única ley que acatamos es la que ustedes llaman “de la selva”. La que permite la supervivencia de los más aptos a costa del débil e incapaz. Así como ustedes se envanecen hipócritamente de mirar a todo ser viviente como hermane, nosotros, somos mucho más sinceros con nuestro “mata para no ser muerto”. Ahora que conocen nuestra existencia y el lugar de donde procedemos, así como la posibilidad de dominarnos, ¿cuánto tardarían ustedes en organizar una expedición invasora si les hiciéramos partícipes de nuestros secretos? Porque deduzco que, pese a tener en su poder los documentos de la expedición de Kukulkán, no han sido capaces de aprovecharlos al rio poder interpretar su contenido.

Faltaban apenas segundos. Uriarte preparó la nueva carga demoledora que, calculaba, terminaría con la oposición de Kahut,

—Exacto. Su deducción es perfecta, Kahut, en lo que se refiere a los hasta ahora indescifrables documentos de Kukulkán. Pero las circunstancias han variado. Nosotros sabemos dónde están. Usted no. Para apoderarse de ellos tendría que regresar a la Tierra y vencer la resistencia de mis amigos que los guardan. No estarán a su alcance ni aun encontrando su escondite.

“Por otra parte, mi ofrecimiento de colaboración es sincero. Si usted lo aceptara sabría por qué: tendría pruebas irrefutables que ahora no puedo darle, de que nadie les iba a molestar en su lejano planeta.

”Volviendo a los documentos de Kukulkán: ¿Cree usted que ofrecerá

para nosotros mucha dificultad el desentrañar su contenido teniendo en nuestro poder a Kutageh? Convénzase de que está en mis manos y que, puesto que no quiere pactar los términos de un entendimiento, habrá de rendirse o perecer.

El centauriano echaba de menos, ya los argumentos que le permitieran rebatir los de Uriarte. Estaba claramente a la defensiva… y convencido de que no lo había oído todo. Sin embargo saltó ante la última frase.

—¿Rendirme o perecer? ¿Van a ser usted y sus dos compañeros quienes me maten? ¡Jamás, aunque me supiera perdido, abandonaría mi destino en manos de unos míseros terrestres, blandos de corazón e incapaces de progreso! De la inconmensurable ciencia que les trajo Kukulkán, ¿Qué les queda? ¡Miserables migajas! ¡Han retrocedido en lugar de avanzar!

—Ahí se equivoca usted de, plano, Kahut—observó Uriarte con suavidad—. ¿A partir de dónde arrancaron ustedes' en el plano científico, cuando les abandonó Kukulkán hace más de seis mil años?

—¡De la nada!—repuso orgullosamente—. ¡En tan corto espacio de tiempo hemos alcanzado los espacios interestelares, con nuestro propio esfuerzo!

—¡A eso le llama progreso rápido! — comentó sarcásticamente Miller. Y soltó una carcajada para mayor desconcierto de Kahut.*

—Seguro que al menos tendrían vehículos de motor, aeronaves y conocerían la electricidad, ¿no?

—Desde luego, pero ¿qué supone eso?

—¿Sabe usted con qué ,se guerreaba en la Tierra hace seiscientos años? ¡Con arcos y flechas! ¿Qué motores usaban nuestros barcos hasta hace menos de dos siglos? ¡Remos y velas! ¿Cuándo comenzó a aplicarse la electricidad y el vapor?

¡Aún no se han cumplido los doscientos años! ¡El presente siglo señaló la iniciación de la era del vuelo con motor! ¿Somos retrógrados, Kahut? ¿O lo son ustedes, que han precisado sesenta siglos para ponerse al nivel que hemos alcanzado nosotros en la Centésima parte del tiempo? Porque hace media centuria la energía atómica era para nosotros algo misterioso, inalcanzable y terrorífico por desconocido…

—No le creo. Es imposible lo que me está diciendo…

—¿En qué ha empleado, los años que ha permanecido oculto entre nosotros? En lugar de estudiar nuestra historia, cosa que hubiera hecho yo en su puesto, se ha dedicado sistemáticamente a expoliarnos, como un parásito, de todo cuanto han buscado en vano sus científicos de pacotilla, anquilosados e incapaces de iniciativa, que fían en la casualidad para alcanzar sus fines. Se ha perdido la ocasión de comprobar nuestra superioridad en todos los terrenos y ello será su

perdición. Ha creído que se asomaba a 1.a madriguera de un conejo, y había un león dentro. En lugar de mendigar favores ha querido robar y subyugar a quien era más fuerte que usted.

—Habla usted mucho, mi querido amigo—Kahut, pese a estar totalmente aplastado por la lógica de Uriarte, había logrado serenarse un tanto—. ¡Pruébeme lo que ha dicho!

—¡Ahí tiene la prueba!—Uriarte señaló las pantallas e instrumentos que los rodeaban—. Busque, localice las naves en que mis amigos vienen a aceptar su rendición o a aniquilarle: la elección es suya. ¡Está usted cercado, Kahut! No puede escapar.

CAPITULO IX

DURANTE diez segundos, que a los actores de la escena se les hicieron eternos, Kahut permaneció mirando fijamente a Uriarte. No creía lo que le acababa de decir, pero tampoco osaba comprobar sus palabras.

Un joven pronunció, desde el otro extremo de la sala de mandos, unas palabras en el micrófono que tenía ante sí. Las palabras, en forma de incomprensible jerga, brotaron de un tornavoz situado en el tablero de Kahut.

Aquello espoleó al centauriano, ya que con un furioso movimiento de muñeca hizo funcionar su propia, pantalla, conectada con la del que diera el aviso. Lo que veía, no debió ser muy de su agrado porque maldijo en su idioma antes de dirigirse a los terrestres.

—¡No has mentido, Uriarte, pero tus amigos aún no me tienen cogido! ¿Sabes qué es esto?—señaló una pequeña palanca de pomo rojo —. Sus detectores se verán imposibilitados de localizarnos en cuanto yo la haga funcionar.

Uriarte lo sabía. Sus propios aparatos llevaban el mismo dispositivo, que absorbía un elevadísimo porcentaje de la potencia de los motores, por lo que resultaba prohibitiva su utilización a menos de ser totalmente imprescindible.

Con avasalladora fuerza penetró en la mente de Kahut, dominándole, aunque su presa no llegó a percatarse de ello, tanta era la excitación que sufría.

La mano se posó sobre el pomo rojo. Hizo fuerza hacia abajo, ligeramente extrañado de la pasividad de los otros.

Debía estar agarrotada, pues no cedió al primer tirón. Se esforzó tercamente… sin percatarse de que su brazo no tenía fuerza alguna… ni siquiera para mover aquel bien lubricado trozo de metal y plástico que un soplo hubiera podido cambiar de posición.

—¡Agakit!—gritó, rojo de cólera—. ¡Revisa el deflector!

Y mientras un mecánico se aproximaba corriendo, Kahut miró torvamente a los terrestres.

—No creáis que este pequeño contratiempo me pone en vuestras manos. Poseo armamento más que suficiente para, eliminar a esos tres abejorros.

Uriarte lo sabía. Por ello cuando, como un relámpago, captó la intención del otro, una mano de acero pareció proyectarse invisible hacia la garganta de Kahut, impidiéndole emitir la orden de zafarrancho

de combate. Ya los Vigías de la astronave se habían percatado del peligro que representaban aquellos tres puntos de luz que convergían sobre ellos, y algunas miradas se clavaban en el comandante como en espera de órdenes… que éste era incapaz de articular de momento.

El aviso mental de Jane le advirtió de que un nuevo factor acababa de entrar en liza. El mecánico que estaba reparando el deflector había oído tas palabras cruzadas en su presencia y, comprendiendo que algo extraño le pasaba a su jefe a causa de aquel maldito terráqueo, se precipitó sobre Uriarte enarbolando una pesada herramienta metálica.

Instantáneamente quedó paralizado con el brazo en alto, pero para conseguirlo había tenido que aflojar. Uriarte su presión sobre Kahut, y éste aprovechó bien la ocasión que se le brindaba.

—¡Apoderaos de ellos, pero sin hacerles daño!

Era demasiado. Aunque muchos de ellos parecieron tropezar de pronto con algún obstáculo invisible, mientras otros se retorcían presas de agudos dolores en distintas partes del cuerpo, Uriarte no podía contender mentalmente, sino con uno de ellos cada vez. Jane ayudaba en la medida de sus fuerzas… que no eran muchas. Y Miller, cuyos poderes eran nulos para enfrentar con ellos la situación, se arrojó sobre Agakit con ánimo de arrebatarle la herramienta con que había pretendido golpear a Uriarte. Una feroz pelea cuerpo a cuerpo se entabló entre ellos.

Y mientras, por cada individuo que quedaba en fuera de combate momentáneo, otros se reponían… y seguían avanzando.

Finalmente, todos tuvieron que hacer uso de los puños como medio auxiliar y sumamente eficaz.

Con ellos no se producían simples contracciones nerviosas y más de un enemigo quedó definitivamente inutilizado. Una “*melée*” formidable se organizó en el amplio recinto. Uriarte y Miller, que había dado buena cuenta de Agakit con la ayuda de Jane Stroem, distribuían equitativamente entre sus adversarios la dinamita de sus puños, y aquéllos comenzaron a mirar con cierto respeto su capacidad combativa.

Pero eran demasiados, y poco a poco sentían que las fuerzas los abandonaban. Kahut, sin embargo, recurrió a un medio eficaz de terminar la pelea.

Había comprobado que Jane intervenía en la lucha con sus poderes psíquicos, gran sorpresa para él que la había creído desprovista de ellos así como a Uriarte. Dedujo que era capaz de defenderse de la violencia física con ellos y de un violento golpe en la nuca la dejó sin sentido.' Atenazándole un brazo se lo retorció brutalmente a la espalda.

—¡Si no cesas inmediatamente en tu resistencia, romperé un brazo a tu compañera!

Uriarte volvió la vista, haciéndose cargo de la situación.

—Está bien, Kahut. Tú ganas.

Y para demostrárselo le obligó a soltar a la muchacha, provocándole un calambre en los músculos pectorales que le hizo rodar por tierra falto de respiración.

Pero esto le costó la derrota, ya que un tremendo hachazo propinado con el canto de la mano estuvo a punto de quebrarle el cuello Semi inconsciente se tambaleó, y sus adversarios aprovecharon el momento para arrastrarle fuera del cuarto de control al tiempo que caía también Miller, abrumado por la tremenda superioridad del enemigo.

Los tres fueron amontonados en una estrecha habitación que apenas les permitía estar de pie.

—¿Os han hecho mucho daño, hermanos?— preguntó la voz de Guy, que dirigía la operación de ataque desdé una de las pequeñas astronaves.

—No a mí… No estoy herido. Ni Jane tampoco, me temo que Miller tenga el cráneo fracturado, Atacad de firme y no os preocupéis por nosotros. Kahut no es fácil que se rinda.

* * *

Y no se rindió, pese a que la estratagema de Uriarte y la dilación que había supuesto el tumulto en la sala de control, casi le dejó inerme en manos de sus enemigos. La pantalla apenas tenía efectividad a corta distancia, y mientras su monstruosa astronave era un casi seguro blanco a cada disparo, sus artilleros se las veían y deseaban para acertar a las movibles navecillas que, dotadas de una sorprendente agilidad de maniobra parecían disfrutar del don de la ubicuidad, atacando con sus terribles aguijonazos para desaparecer durante un par de segundos y presentarse por el lado contrario.

El “Shekar”' estaba dotado con poderosas armas y puso en más de un apuró, pese a todas las desventajas, a las ligeras naves de los telépatas. Privados éstos de la presencia de Uriarte juntó a Kahut, lo que les impedía conocer los planes de éste, tropezaban con serias dificultades para prever las maniobras que efectuaría.

Sin embargo, pronto un bien dirigido proyectil abrió brecha en la coraza protectora, seguido de otro y otro.

El aire comenzó a escaparse por varias grietas y los centaurianos tuvieron que acomodarse sus escafandras de vacío para poder continuar la lucha. Habían olvidado a los que hasta poco antes consideraban sus valiosos, prisioneros; ahora eran mucho más importantes las propias vidas.

Pero el “Shekar” no permanecía pasivo soportando las andanadas de sus enemigos, y repentinamente, una vivísima llamarada anunció el fin

de la tercera parte de las fuerzas atacantes.

* * *

Sintiendo que en sus pulmones apenas entraba el oxígeno suficiente para mantenerles vivos, y que dentro de pocos minutos tal vez ni esto lograrían alcanzar, los jóvenes prisioneros comenzaron a hablar de algo que hasta entonces no mentaran, tal vez por considerar cosa natural de tan sabida.

Esta era una de sus ventajas: la compenetración.

—A… dios, José—suspiró Jane con un hilo de voz—. Hubie… ra sido tan… her… moso…

—No hables…- Jane… Piensa… piensa solamente.

Y pensaron. En lo que hubiera podido ser y ahora no sería. En la nueva vida que se había anunciado ante ellos, laborando silenciosamente por la Humanidad; en secreto, sacrificándose por quienes tal vez nunca lo agradecerían, y que aun sabiendo quiénes eran sus benefactores les hubieran perseguido a muerte por causa de los mismos poderes que les permitían alejar el espectro de la destrucción.

Pero ellos no lo verían. No podrían unirse ,a sus compañeros de LA NUEVA RAZA para laborar en pro de esta hermosa meta… Iban a morir dentro de breves momentos. Ya sentían la fuerte palpitación de su sangre en las venas, amenazando con salirse de ellas a través de todos los poros de la piel…

Kahut seguía resistiendo. Cuando su nave estuvo totalmente desmantelada, cuando las armas de a bordo habían quedado por completo inutilizadas y él y unos pocos de sus hombres vivían gracias a los trajes espaciales en aquella ruina sin atmósfera que jamás volvería a cruzar los espacios interestelares de regreso al hogar… entonces se acordó de los tres telépatas que había capturado.

Y quiso, antes de morir a manos de aquellos que en tiempos consideró despreciables enemigos, aparecidos en el espacio no sabía por qué milagro, recrearse con la contemplación de los cadáveres de los causantes de su ruina, asegurarse de que le habían precedido al emprender el largo viaje sin retomo…

Los mecanismos automáticos de que cada compuerta iba provista habían funcionado apenas se insinuó el primer escape de aire, formando compartimentos estancos perfectamente aislados entre sí. Kahut fue abriéndolos conforme avanzaba; pero inmediatamente se volvían a cerrar tras él, A veces encontraba pequeñas bolsas de aire, pero la mayor parte de los departamentos habían perdido la atmósfera a través de las innumerables grietas y agujeros abiertos en el curso de la encarnizada batalla.

Uno de sus fieles secuaces acompañaba al centauriano.

Finalmente se encontraron ambos frente a la celda que ocupaban los prisioneros. El aire, si bien muy tenue, no se había esfumado' totalmente. Jane Stroem boqueaba ansiosamente, luchando con denuedo por aspirar el enrarecido gas vital. Uriarte permanecía inmóvil en el suelo al igual de Miller, tal vez sin sentido, o quizá comprendiendo que de esta forma, sus necesidades de oxígeno serían menores y menor, por tanto, el sufrimiento.

—¡Sácales de ahí! —ordenó Kahut a su subordinado.

El hombre obedeció.

—Este está muerto, señor—anunció aludiendo a Miller.

—¡Mejor!—dijo Kahut con ferocidad. Y en tono triunfante gritó, dirigiéndose a Uriarte—. ¡Terrestre! Has logrado hacer fracasar mis planes y voy a matarte por ello. Pero antes sufrirás la agonía de ver cómo despedazo a tu compañera.

El joven abrió los ojos, mirándole con indiferencia. Se encontraba demasiado agotado para obrar de otra forma. En realidad no llegaba a percatarse del significado de lo que oía.

Kahut extrajo una pistola de forma extraña, explicando:

—Dispara rayos térmicos, capaces de abrasar cuanto se interpone en su camino. Ahora voy a disparar a uno de sus brazos.

Alzó el arma y tomó puntería cuidadosamente, como no queriendo herir, sino la mano elegida como blanco. Uriarte aún no lograba sacudirse el sopor.

En aquel momento una de las naves de los telépatas, lanzada al abordaje, entraba en violenta colisión con el “Shekar”.

Una brutal sacudida se produjo en el mismo instante que una cárdena llamarada brotaba del caño de la pistola, bastando para desviar ligeramente la puntería. En las planchas metálicas del suelo, a pocas pulgadas de la mano de Jane Stroem, apareció una brillante mancha blanca, que despedía un fantástico calor. La blanca carne comenzó a humear.

José Uriarte sintió en su mente los agudos dolores que apenas lograban herir la sensibilidad de la muchacha. Ello le permitió despejarse momentáneamente, a la vez que Kahut probaba suerte de nuevo. El arma, impulsado el brazo que la sostenía por una fuerza extraña a su dueño, apuntó al techo. Luego dio la vuelta y miró con su negro ojo al rostro oscuro del viejo.

—Dis… para ahora…, asesino…—murmuró Uriarte incorporándose, con sus últimas fuerzas. Kahut había palidecido intensamente, adquiriendo su rostro un color ceniciento. Pero ya se consideraba muerto y prontamente recobró el dominio de sí mismo.

—¡Mátale, Krastan!—gritó,

Uriarte se vio perdido. No podía controlar a los dos hombres a un tiempo… y detrás de él moriría Jane… su querida Jane que agonizaba ya a su lado. Apretó los dientes en un supremo esfuerzo y el dedo de Kahut accionó el disparador del arma térmica.

La cabeza y parte de los hombros del centauriano desaparecieron dentro del fogonazo.

Krastan hizo fuego a su vez. Uriarte sintió el lado izquierdo de su pecho y el brazo con que se apoyaba, abrasados. La piel desapareció en una fracción de segundo y un olor nauseabundo a carne quemada se esparció por el enrarecido aire de la, estancia. El hombre moreno se disponía a ultimarle con un nuevo disparo.

Varios acontecimientos se produjeron en aquel momento casi simultáneamente. La puerta se abrió con violencia y un hombre, enfundado en blanco traje espacial quedó enmarcado en ella. Su mano derecha vomitó una llamarada que, proyectándose con fulmínea rapidez, envolvió a, Krastan, convirtiéndole en una pira humana. El centauriano se desplomó aniquilado.

Uriarte sintió de pronto, con los últimos destellos de consciencia, que sus ojos querían saltar de las órbitas; su sangre manaba libremente por sus Oídos y nariz, pareciendo haber entrado en ebullición por debajo de la piel, que se levantaba en gruesas ampollas… Y un doler lacerante le crispó durante una fracción de segundo dentro del pecho y en el abdomen, antes de hundirse en la nada…

El último intruso, al abrir la puerta, había permitido que escaparan los postreros átomos de aire. En la cámara se había hecho el vacío del espacio sideral, donde ningún ser viviente puede conservar la existencia sin protección.

* * *

Abrió los ojos, sorprendido de encontrarse aún vivo. En una cama junto a la suya, Jane Stroem parecía dormida: su pecho aleteaba suavemente con tranquilo respirar y rosados colores se dibujaban en sus mejillas.

Se encontraba bien, aunque débil. Entre las dos camas un hombre de mediana edad y agradables facciones leía un libro. Al sentir la mirada de Uriarte clavada en él le dirigió una amistosa sonrisa.

—Ya despertó, ¿eh, amigo?

Al mismo tiempo pulsó un botón junto a la cabecera de Uriarte. Era un telépata, esto lo supo pese a que el hombre había hablado normalmente. Su muda pregunta mental recibió pronta contestación, antes de que lograse articularla.

—Está perfectamente. Cuando despierte se encontrará como nueva…

lo mismo que usted.

—¿Cómo no nos mató la falta de aire?

—El hombre puede sobrevivir en el vacío durante unos segundos. Si se le prestan inmediatos auxilios puede recuperarse, aunque algunas veces, tal vez es necesario efectuar alguna amputación por congelación de brazos o piernas. Afortunadamente, los hombres que, luego de eliminar la última resistencia de (os centaurianos, acudieron a rescatarles, sabiéndoles vivos porque los "escuchaban", pudieron introducirles en una reducida estancia que cerraba herméticamente. Vaciaron dos botellas de aire de las que llevaban para su propio uso y así pudieron vivir ustedes hasta que se les prestaron auxilios más eficaces. Lo único que les queda ahora son las quemaduras, casi curadas ya también por cierto.

—¿Tanto tiempo hemos estado inconscientes? Porque lo mío, al menos, debió ser grave según creo recordar.

En aquel momento se abrió una puerta. Guy penetró en la estancia.

—Habéis dormido sin parar durante quince días. Claro, que os hemos ayudado nosotros a ello…

—¡Guy!—exclamó Uriarte, alegre de ver por fin una cara conocida—. ¿Dónde estamos?

—¿Dónde crees tú? A bordo del "Shekar". No digamos que está tan nuevo como antes, pero puede resistir el pequeño viaje hasta Titán.

—¿Titán? ¿No regresamos a la Tierra?

—No… por ahora—sonrió Guy—. El Consejo, de reciente formación, ha decidido adoptar la idea de Kahut. Nos vamos de vacaciones a. Saturno, muchachos.

Jane Stroem parpadeó. Sus ojos giraron desconfiadamente en sus órbitas hasta posarse en Uriarte. Una fracción de segundo bastó para ponerla al corriente.

—Me parece maravilloso, José—murmuró. Y su sonrisa era claro indicio de que no mentía.

En Titán podrían desenvolverse libremente, sin temor alguno. Allí mantendrían, inofensivos, a' los secuaces de Kahut que habían sobrevivido. Sé les pediría que colaborasen y de ellos dependería el que su cautividad fuese más o menos severa. Quizá, eventualmente, se les podría enviar de regreso a su patria algún día, si se podía garantizar en cualquier forma que con ello no abrían las puertas a una nueva invasión de Próxima Centaurii.

Desde esta Base partirían naves destinadas a explorar la totalidad del Sistema Solar para que cuando el Hombre llegase a los planetas no encontrara insospechados peligros. Le protegerían por siempre, en secreto, sin esperar nada a cambio, salvo la muerte si llegaba a confirmar alguna vez la sorprendente realidad de la existencia de estos

telépatas que, convertidos voluntariamente en ángeles tutelares de la Humanidad, ésta, llevada de lo mezquino de sus ideas creería que lo hacían egoístamente, con ansias de dominación.

¿Y qué, no podrían hacer los varios centenares de telépatas distribuidos por el mundo, si aunaban sus esfuerzos? Los hombres que en breves días, valiéndose únicamente de lo que lograron extraer de los cerebros privilegiados de Dick Harris y. Kutageh, a más de sus propios conocimientos, habían logrado situar en el espacio tres pequeñas naves de combare, capaces de abatir al mastodóntico producto de una civilización decenas de veces milenaria.

Valía la pena pertenecer a esta raza privilegiada. El sacrificio de las vidas de Bill, caído en el asalto a la casa de Kahut, Frank Lewis, Miller, los tripulantes de la nave destrozada de certero disparo, y otros más que caerían en adelante, no sería estéril.

La Raza Humana, apoyada en LA NUEVA RAZA salida de su seno, comenzaba la marcha hada la conquista pacífica del Universo. Hada la unión de todos los seres inteligentes en una gran familia que laborase por el bien común según las fuerzas de cada cual.

Tal vez Uriarte pudiera verlo aún en sus días.

Y uno de sus primeros objetivos sería llevar la incruenta invasión a Próxima Centaurii. Tal vez los que ahora no eran sino humillados cautivos, partiesen algún día como entusiastas embajadores de los que acababan de derrotarles.

—Será maravilloso—repitió Jane, los ojos vueltos hacia el techo como contemplando alguna visión celestial.

Extendió una mano envuelta en vendajes. Uriarte 1a estrechó suavemente, como temiendo que fuera a quebrarse entre la suya.

Aquel gesto era el símbolo de la Fraternidad que comenzaba a extenderse por el Cosmos.

FIN